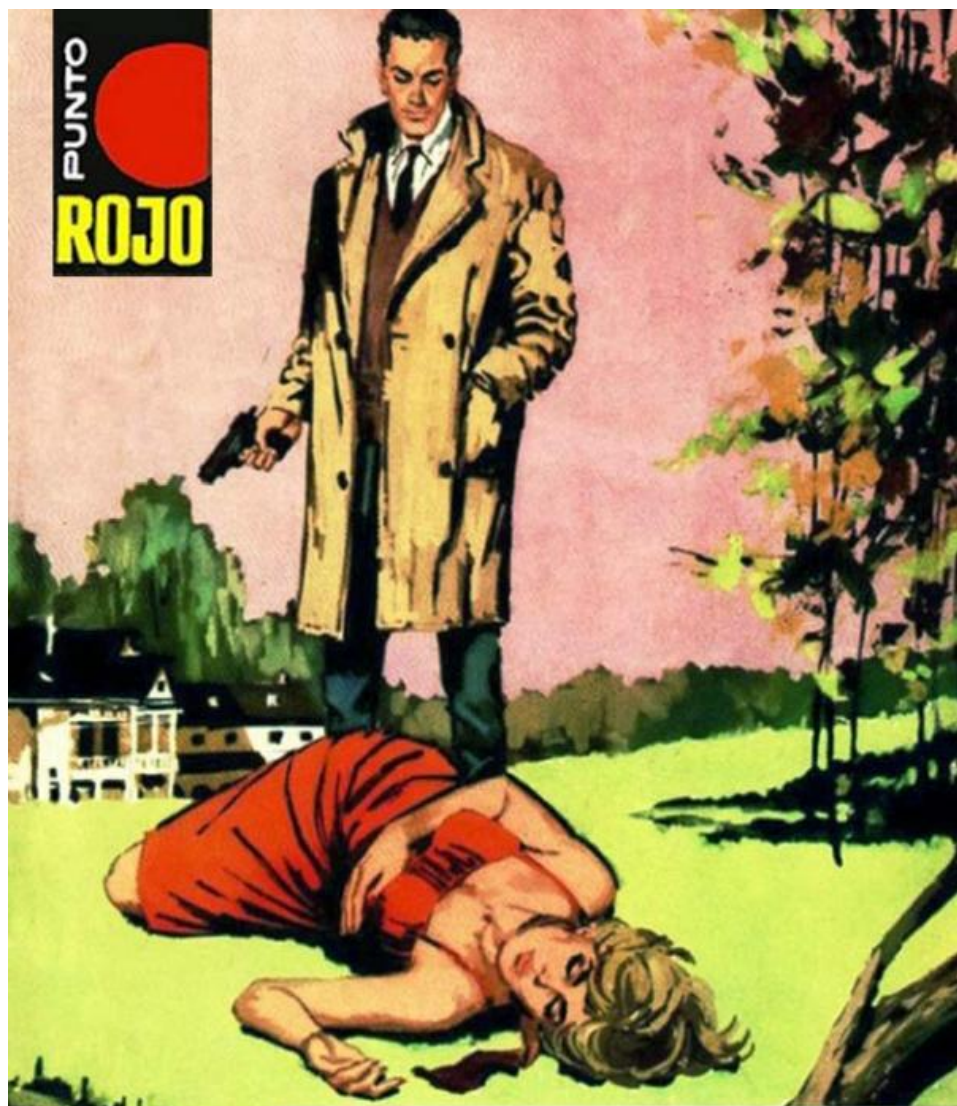


PUNTO

ROJO



TESTAMENTO SINIESTRO

joe mogar

BB

TESTAMENTO SINIESTRO

JOE MOGAR

TESTAMENTO SINIESTRO

1.^a EDICIÓN

JULIO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 15.045 - 1962

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© JOE MOGAR- 1962

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

N. R. 2953/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección **BISONTE:**

687 — Raza condenada. 723 — El hombre de Los Angeles. 733 — Se compra un pistolero.

En Colección **BUFALO:**

328 — Atraco en Whitley. 348 — Plomo bajo la piel. 393 — Alias "Pistol Kendall".

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

601 — Muerte para una damisela. 609 — Las damas también matan. 621 — *Gangsters* de Broadway.

En Colección **CALIFORNIA:**

147 — El hombre que compró Cheyenne. 167 — Un rancho en apuros. 275 — La dama del puma.

En Colección **TEXAS:**

236 — El diablo a caballo. 245 — El sustituto del muerto. 313 — El valle del diablo.

En Colección **COLORADO:**

223 — Sólo un pistolero.

En Colección **KANSAS:**

107 — Y el pistolero volvió. 146 — El que a hierro mata...

En Colección **BRAVO OESTE:**

35 — Viento del Sur. 39 — Dos tumbas en Cheyenne. 70 — Un hombre llamado *Devil*.

TESTAMENTO sinistro

por JOE MOGAR



CAPÍTULO PRIMERO

A mi propio juicio, la cosa empezó de una manera descabellada, estúpida si se quiere.

Con un cadáver, y con la petición de una morena, de dieciocho años, que, según ella, tenía miedo, aunque yo lo dudaba y, aún ahora, después de cierto tiempo, sigo dudándolo todavía.

Claro que la muchacha no se presentó hasta mucho más tarde...

Bien, pero, dejemos esto aparte, y vamos al grano como suele decirse.

Tengo mi agencia en el número 607 de Madison Avenue y mi apartamiento en el 9009 de Fullerton.

Aquella noche de marras empezó todo.

Recuerdo que dejé el taxi frente al referido número (y ahora, por el momento, no importa de dónde venía), descendí de él, pagué al taxista, entregándole una generosa propina, crucé la calle y abrí la puerta, que daba acceso a la escalera.

Segundos más tarde me encontraba pulsando el botón del ascensor, para tres minutos después abandonarlo en el decimoquinto piso.

Introduje el llavín en la cerradura y la hice girar suavemente. Acto seguido cerré a mi espalda y avancé decidido hacia el *living*. Antes de llegar a él, me di cuenta de que la luz estaba encendida.

Confieso que no me llamó excesivamente la atención en aquel momento. Algunas veces suelo olvidarme de apagarla. ¿Por qué no tenía que ser aquella lo mismo que tantas otras?

No, no era lo mismo.

Lo supe apenas empujar la puerta. Porque la mujer estaba allí, y no viva, sino muerta. Asesinada.

Fue con lo primero que tropezaron mis ojos.

Acto seguido, y después del respingo consiguiente, deslicé mi mano bajo la solapa de la chaqueta y extraje la pistola de la funda de la axila.

Fue el único movimiento que hice por espacio de unos cuantos minutos. Luego, y llevándola en la mano, avance hacia mi dormitorio. Escuche. El silencio más absoluto reinaba en torno.

No obstante, la abrí de un fuerte patadón y salte de lado, amparándome con la pared y el marco de la puerta.

Nadie disparo contra mí.

En fin, sin abandonar la «Luger», registre mi apartamento palmo a palmo. Salvo el cadáver de la mujer, tendido sobre la alfombra del *living*, nada había de extraordinario en el.

Me acerqué a ella luego de haber guardado la automática donde permanecía anteriormente.

Era rubia y de ojos azules, que ahora estaban horrorosamente abiertos, mirando sin ver, el techo.

Hermosa.

Muy hermosa y con unas curvas capaces de marear a cualquiera. Pero ahora sólo era un trozo de carne que pronto se pudriría bajo tierra.

Maldije al tipo o a la tipo que había hecho aquello. Una belleza como ella no debía morir. Al menos de aquel modo.

La examiné lentamente, procurando no tocar nada con mis manos pecadoras.

La habían golpeado por detrás para atontarla, ya que tenía sangre en la nuca. Después la habían estrangulado con una de mis corbatas.

No tardé ni medio segundo en reconocerla, ya que la infeliz la tenía enroscada alrededor del cuello.

Me puse en pie sin dejar de mirarla y avancé hacia el mueblebar. Me hacía falta un trago de algo fuerte.

Luego de beberme un par de *whiskies*, empecé a pensar. ¿Quién era? ¿Cómo había podido entrar en mi apartamento? ¿Qué buscaba allí? ¿Qué quería decirme que le había costado la vida?

Absurdo.

Absurdo e inexplicable para mí, al menos por el momento.

Abandoné mis pensamientos para pensar en la policía. En sus métodos, en lo primero que harían cuando les llamara para decirles

que había encontrado a una mujer muerta en mi apartamento, a la cual no había visto en mi vida.

No me creerían. Sería para ellos desde eso mismo momento el sospechoso ideal. Casi en el acto repasé todo lo que había hecho aquella noche, buscando una posible coartada.

Lentamente saqué la pitillera y de ella un cigarrillo emboquillado y lo encendí, con un encendedor, regalo de mi secretaria.

Mi secretaria.

Una buena chica. Una mujer que sabía vivir y cómo hacerlo. Otra rubia, sin oxígeno en el pelo. Y con unos ojos como dos puñales, como diría un español.

Estoy desvariando.

Me di cuenta de ello casi en el acto, y entonces me puse en pie para ir al teléfono. Saqué el pañuelo del bolsillo, con él tomé el auricular y disqué el número de la policía. Pedí que me pusieran en comunicación con el sargento Richard Hale de la Brigada de Homicidios.

Estaba allí. Aquella noche le tocaba de guardia.

Cuando oí su voz al otro lado del hilo le expliqué lo que ocurría. Hasta mí llegaron unas cuantas maldiciones, y finalmente la orden:

—No se mueva de donde está bajo ningún concepto, Murdock. ¿Entiende?

Solté una risita nada agradable.

—¿Ya ha encontrado a su sospechoso número uno, sargento?

La respuesta vino a mí con la rapidez de una bala.

—Seguro, no me extrañaría que la haya matado usted, Al Murdock.

Esta vez no reía, pero colgué suavemente sin dar respuesta y sin esperar tampoco a que el sargento Hale dijera nada más.

Esperé sentado en el *living*, sin poder dejar de mirar aquel hermoso cadáver, y sin que mi mente dejara de trabajar un solo instante en la incógnita que me planteaba.

Mucho después oí las sirenas de la policía, pero no me moví.

No lo hice hasta que en la puerta del apartamento empezaron a resonar perentorios golpes.

Me levanté y, resignadamente, abrí, pensando en la noche que me iban a dar aquellos tozudos.

—¿Dónde está el cadáver?

Ésta fue la primera pregunta que formuló el sargento Hale apenas apareció por el hueco de la puerta.

—En el *living* —repliqué.

—Vamos.

Fui detrás de él, pero al llegar a la puerta se volvió para decir:

—¡Quédese aquí y no se mueva, Murdock!

Me encogí de hombros y busqué donde sentarme, Apenas lo hube hecho en uno de los sillones, me di cuenta de que todos los acompañantes del sargento Hale, excepto dos, entraron con él en el *living*. Me dieron ganas de reír al comprender.

Hale no había mentido. Me conceptuaba el sospechoso ideal. Aquellos dos agentes me estaban vigilando con un bien disimulado gesto de indiferencia.

Encendí otro cigarrillo, otro y otro, hasta un total de ocho antes de que Hale diera por terminada su inspección en el *living*. Pero aún tuvo que esperar media hora más hasta que la ambulancia se la llevó, con un ulular agorero de sirena.

Entonces Hale se enfrentó conmigo. La primera pregunta, así como las que iban a seguir, las esperaba.

—¿Quién es esa mujer? ¿A qué ha venido aquí?

—A esas dos preguntas puedo contestar con una sola, sargento: No lo sé.

Hizo un gesto agrio con la boca.

—¿Quiere decir que no la conoce?

—Exactamente.

Miró pensativamente la alfombra del suelo. Luego levantó los ojos y me miró:

—Bien. Murdock —dijo—. Ahora tenga cuidado con lo que va a contestar. ¿Dónde ha estado entre ocho y diez de la noche?

—¡Pero, sargento! ¿Es que sospecha de mí?

—Guarde las ironías para mejor ocasión, Murdock —me replicó fríamente—. ¿Quiere contestar a mi pregunta o quiere que le lleve al Precinto?

Sonreí, y sé que mi sonrisa le desconcertó un tanto.

—Yo de usted no cometería tamaña estupidez, sargento —repliqué—. Abandoné mi despacho a las ocho en punto. Silvia, mi secretaria, tenía permiso esta tarde. Por tanto, yo llegué al despacho

sobre las siete y media. Permanecí media hora en él, y después fui al «Portland». Allí, creo que me vio algún que otro camarero. Además, bebí un par de copas con Mona St. Román. Es la *vedette* del «Portland». La acompañé a su apartamento y luego vine a casa. Creo que salí de allí sobre las diez menos cuarto. ¿Algo más, sargento?

Me miró dubitativo unos cuantos segundos y luego replicó:

—Comprobaré eso, Murdock. Mientras tanto, le ruego no abandone Chicago sin que yo lo sepa —hizo una pausa y entrecerró los ojos—. ¿A qué vino esa mujer aquí?

Me encogí de hombros.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —pregunté a mi vez.

Siguieron unos segundos de silencio.

—Es muy extraño todo, Murdock —dijo—. Convenga que también es extraño que, sin conocerla, ella tuviera una llave de este apartamento. La cerradura no fue forzada, y había este llavín en su bolso.

Me lo mostró y, al hacerlo, sonreí alegremente.

—Es mío, sargento Hale —dije—. Supongo que Silvia se lo facilitó para que viniera a verme. ¿Por qué no le pregunta a ella?

—Eso es lo que voy a hacer —se puso en pie y, mirándome fijamente, soltó—: Las relaciones entre usted y *miss* Silvia Patterson no son las corrientes entre secretaria y jefe, ¿verdad?

—¿Quiere decir que es mi amante? —pregunté en el tono más inocente del mundo.

—No he dicho tanto, Murdock. Simplemente trato de atar cabos. Mentí como un bellaco al afirmar:

—Se equivoca si piensa en eso, sargento Hale. Silvia, para mí, no es ni más ni menos que una buena secretaria.

—No son esas mis noticias.

—Usted cree sabérselas todas, sargento —repliqué con sarcasmo. Fue hacia la puerta. Desde ella se volvió para mirarme.

—Comprobaré todo eso, Murdock —dijo como colofón final.

Y salió definitivamente, dejándome solo.

CAPÍTULO II

Hale debió comprobar todo aquello porque no me molestó en los días sucesivos, ni para decirme, al menos por cortesía, que podía abandonar Chicago cuando me viniera en gana si deseaba hacerlo.

No se molestó, ni yo tampoco en preguntar.

Para hablar con claridad, diré que no me preocupé tampoco, y que si el asesinato cometido en mi apartamento se iba borrando de mi mente, lo mismo que se borraba de las primeras páginas de los periódicos sensacionalistas de Chicago.

Se estaba borrando ya. Casi lo estaba. Y a ello contribuía notoriamente Silvia, con sus mórbidos y bien torneados brazos.

Como en aquel momento en que la tenía abarcada por la cintura mientras ella me rodeaba el cuello.

Tuvo que separarse ante la perentoria llamada del timbre de la puerta.

Me miró a los ojos, hizo un mohín de disgusto y dio media vuelta.

Desapareció de mi vista en unos segundos, y entonces, dentro de mi despacho, adopté la característica «pose» de un detective privado, que tiene unos pocos dólares, que no le importa nada lo que pueda ocurrir en el mundo, y que está, enormemente aburrido, tal vez; de este mismo mundo.

Silvia asomó su preciosa carga, me hizo un guiño picaresco y anunció con empaque propio de un mayordomo de casa grande:

—*Miss* Cora Wilson, mister Murdock.

—¿Qué desea, *miss* Patterson? —pregunté para darme tono.

—Hablar con usted. Dice que el asunto que la trae es im...

Silvia no pudo seguir, porque entonces apareció ella.

Apartó a Silvia de la puerta para poder entrar, simplemente con

el mismo gesto que yo apartaría de mi lado a una mosca molesta. Luego, taconeando airosamente, atravesó el umbral, y sin decir una sola palabra, se dejó caer sobre el mullido sillón que yo reservaba para las visitas de categoría.

Silvia me miró, la miró a ella, y desapareció sin más.

Quedamos frente a frente. Ellaladeó su linda cabecita para mirarme, y yo la estudié sin decir palabra.

Dieciocho años.

Ni uno más.

Alta. De pelo ondulado y negro, corto, que se veía por debajo de su coquetón sombrerito. Ojos del mismo color, brillantes. La frente despejada, la nariz fina, clásica. Dos hoyuelos en sus tersas y juveniles mejillas, y la boca de labios rojos y sensuales. Un tanto grande. Para mi gusto.

Dieciocho años. Ni uno más. Con una fachada como para tumbar de espaldas al más pintado.

De seno alto y orgulloso, que se movía acompasadamente al conjuro de su respiración. La cintura estrecha, y firmes las caderas.

Las piernas... Me inclinó sobre la mesa para mirarla. Una maravilla. Tenía la una sobre la otra y las rodillas eran perfectas. Lo demás, mucho mejor.

La miré de nuevo a la cara y entonces habló con un desparpajo que me asombró:

—Ahora que me ha visto bien, mister Murdock, creo que podré entrar en materia, ¿no?

—Estoy dispuesto a escucharla, *miss Wilson* —respondí.

Y la verdad es que estaba francamente intrigado por aquella inesperada visita, tratándose de una menor de edad.

Vaciló un poco, miró donde yo miraba, pero no hizo nada por remediar el desarreglo de su falda, aunque enrojeció un poco.

Luego bajó los ojos al suelo y, sin mirarme, soltó la bomba.

—Quiero hablarle del asesinato que cometieron el otro día en su apartamiento —dijo con sencillez.

Me puse en pie de un salto.

—¿Qué sabe usted de eso? Si mal no recuerdo, la policía...

—Sé todo lo que pueda saber la policía al respecto —me interrumpió—. Linda Carruters era mi prima, y yo estoy asustada.

La miré desde mis seis pies y cinco pulgadas de estatura, y luego

me dejé caer en el sillón. A través de la mesa volví a mirarla.

—Explíquese, ¿quiere?

—A eso voy, mister Murdock —hizo una pausa que duró tres minutos o más, y continuó—: Se trata de una herencia. Mi tío John Carruters murió hace un mes aproximadamente. Ha dejado una fortuna repartida entre unos cuantos sobrinos. A mí me han tocado cincuenta mil. A mi primo Peter quince mil, a prima Elizabeth veinte mil, a Don treinta mil y a Jimmy sesenta mil —volvió a callar unos segundos esta vez, y después añadió—: Por eso mataron a Linda. A ella le correspondían cien mil dólares, ¿comprende?

Lo comprendía en parte y así se lo hice constar.

—Sólo en parte —repliqué.

Sonrió, pero su sonrisa fue triste. Aunque seguía adoptando el porte de una juvenil vampíresa. Había tristeza tanto en su sonrisa como en sus ojos.

—Es sencillo —replicó al fin—. Tío John especificó en su testamento que en caso de fallecimiento de alguno de nosotros, la parte de herencia se repartirla entre todos los demás.

—¿Todos por igual?

Vaciló unos segundos. Me hizo el efecto que trataba de coordinar sus ideas.

—Verá... —replicó vacilante—. Todos no. Ni Jimmy ni Linda entraban en eso.

—¿Quiere decir que, en caso de morir alguno, como en este caso, la parte correspondiente iría a engrosar la de los demás, menos la de sus primos Jimmy y Linda? ¿Por qué?

—Sí, así es. Creo... Bueno, no estoy muy segura, pero sospecho que como Linda y Jimmy percibían la mayor parte, tío John los excluyó de dicha cláusula.

Pensé unos segundos en lo que aquella beldad morena me decía y al fin repliqué:

—Veamos, *miss Wilson*: ¿Qué es lo que teme usted?

—Creí que se habría dado cuenta de ello, mister Murdock. Temo que me asesinen también a mí.

No podía dar crédito a lo que oía.

Pregunté de nuevo:

—Un momento, por favor, *miss Wilson*. Según usted, cree que alguien de su familia ha asesinado a su prima Linda, y que

continuará, por ambición, haciéndolo. ¿Por qué?

—Usted lo ha dicho, mister Murdock. Por ambición. Sé que ocurrirá así.

—¿Por qué?

Encogió sus hermosos hombros y al fin replicó:

—No lo sé con seguridad. Pero escuche esto. Tío John, según su última voluntad, nos ha citado en una quinta a orillas del lago para que pasemos juntos seis meses antes de que nos sea entregada la herencia.

—¿Con qué objeto? —La interrumpí.

—Nuestra familia siempre ha estado distanciada, mister Murdock. Tal vez tío John deseó unirla después de muerto, ya que no lo había conseguido en vida.

—Bien, ¿y qué desea de mí?

Me miró intensamente a los ojos.

—Que me proteja, mister Murdock. Quiero que venga conmigo a orillas del Michigan y que me proteja durante mi estancia allí. Al mismo tiempo, si ocurre algo, quiero que descubra al asesino y lo entregue a la justicia.

Saqué la pitillera y le entregué un cigarrillo, que encendió en forma maquinal.

—¿Quién es el dueño de esa quinta? Me refiero en estos momentos.

—Mi primo Jimmy.

Muy a pesar mío, sonreí.

—¿Y usted cree que me recibirá? ¿Que recibirá en su casa a un sucio fisgón? ¡Quítese esa idea de la cabeza, *miss Wilson*!

Ella me miró sonriendo.

—Pues claro que le recibirá, mister Murdock. Usted vendrá allí en calidad de marido mío.

Lo soltó así, tan tranquila, sin que el más leve rubor tiñera sus mejillas. Respingué sobre el sillón, pero ahora no me puse en pie.

Luego me hizo gracia la cosa y reí. Cuando la risa me dejó hacerlo observé:

—¿Y si se le ocurre pedir la documentación pertinente, preciosa?

Hizo un mohín, me sacó la lengua y repuso con desparpajo:

—Ya he pensado en eso, querido —dijo riendo—. Usted vendrá como mi propio marido —hizo una pausa mientras yo la miraba

como si fuera una lunática, y después añadió—: Soy soltera, y aunque menor de edad, no tengo tutor alguno que pueda disponer de mí. Por tanto...

—¡Eh, oiga! —La interrumpí—. Supongo que no habrá pensado en serio en esa descabellada idea.

—¿Por qué no, mister Murdock? Escuche: quiero, deseo, que me proteja. El matrimonio nuestro no pasará de ser una buena filfa, aunque sólo para nosotros. Le pagaré... —calló de nuevo, me miró a los ojos y dijo—: Le daré cinco mil dólares ahora mismo, y quince mil cuando esto acabe —entrecerró los ojos y me hizo un guiño—. ¿Tan fea soy que le cuesta trabajo casarse conmigo por un plazo de seis meses, contando con que mucho antes no descubra al asesino de Linda? —Disparó.

¡Veinte mil dólares y seis meses de vacaciones en una quinta! ¡No estaba mal la cosa viniendo conmigo aquel exquisito bombón de dieciocho años!

Pregunté simplemente:

—¿Tan forrada está de dólares, ricura?

Se rió tenuemente.

—No. Pero tengo un buen empleo —se puso en pie delante de mis ojos y dio un par de vueltas sobre sí misma—. Estoy bien, ¿no? Pues trabajo de primera maniquí con Jean L. Barry. ¿Comprende?

Sí. Lo comprendía.

Una criatura como ella, con aquella fachada, con tantas y tantas cosas, no era de extrañar que fuese la primera maniquí de Jean L. Barry, uno de los más famosos modistas de Chicago.

Se sentó y la miré atentamente, sin replicar.

—¿Qué decide?

Vacilé unos segundos. El asunto me tentaba. Siquiera por darle en las narices al sargento Hale.

—¿Cuándo ha de ser la boda? —pregunté.

Por primera vez pareció perder su desparpajo al mirarme, ya que enrojeció levemente.

—Mañana por la noche, mister Murdock —respondió poniéndose en pie—. Inmediatamente saldremos hacia la quinta. Y ahora otra cosa: mientras esto dure, le ruego deje las relaciones que mantiene con ese felino que tiene por secretaria.

Perdí parte del resuello al oírla, y más de tres minutos en

contestar.

Cuando lo hice, ella me miraba por entre sus entornadas pestañas, y sus ojos negros brillaban con algo de mal contenida burla.

—Al parecer, está usted muy bien enterada de ciertas cosas, *miss* Wilson.

Volvió a reír mostrándome su bien torneada y morena garganta, y sentí enormes deseos de estrecharla entre mis brazos y besarla.

Luego replicó:

—Siempre procuro informarme cuando voy a tratar algún asunto de interés, mister Murdock. Sé que usted nació en Nueva York, en cierta casa de una calleja del Bronx. Que tiene ahora veintisiete años, que es aficionado al *whisky* y a las mujeres, y que su cuenta bancaria asciende a cincuenta mil quinientos once dólares con ochenta centavos.

»Por otra parte, también estoy enterada de que la policía de Chicago le tiene por un entrometido fisgón, mujeriego cien por cien, amigo de gangsters y, por último, como a una persona de la que nadie se puede fiar sin riesgo a sufrir un tropezón. También estoy en...

Hice un gesto con la mano y ella calló mirándome, al parecer, bastante divertida al ver mi ceño.

—¡Pare el carro, ricura! —dije—. Si todo eso es verdad, ¿por qué diablos me escogió a mí?

Volvió a guiñarme un ojo y repuso:

—Porque a pesar de la opinión de la policía, yo sé que usted es uno de los «bofias» más inteligentes de Chicago. Sé que ha resuelto multitud de casos, y por eso mismo estoy convencida de que la policía, al menos una buena parte de ella, lo que siente hacia usted es envidia.

Fui a decir algo, pero ahora fue ella la que me atajó con un gesto. Luego abrió el bolso, y entonces vi la automática que llevaba dentro. Pequeña, pero peligrosa. Lo mismo que ella.

No dije nada. Sabía que no tenía licencia de armas. Que no podía tenerla, ya que era una menor.

Nada de esto me interesaba. Lo único era el fajo de billetes que estaba sacando. Parsimoniosamente vi cómo empezaba a contar, y después alargó la mano, tendiéndome un buen rollo de ellos.

—Cinco mil dólares a cuenta, mister Murdock —dijo.

Dio un par de pasos hacia la puerta y de nuevo admiré sus piernas y sus caderas.

¡Sabía moverse, diablos!

Desde la misma se volvió para decir:

—Le telefonaré el lugar donde tenemos que vernos, mister Murdock.

Y salió definitivamente.

Tres minutos después se presentó Silvia ante mis ojos.

—¿Qué quería esa lagarta? —Inquirió.

—¿No lo has oído?

—Sí. Y no me gusta. Lo nuestro...

—Sigue igual, querida.

La tomé de la cintura y ella enlazó los brazos en torno a mi cuello.

Silvia sabía besar. Y en aquel momento lo estaba demostrando con creces.

Cuando nos separamos, los dos faltos de aliento, ella esperó a que su seno se aquietara un tanto y entonces preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Esperar contigo hasta la hora de cerrar, y luego nos iremos por ahí. Aún quedan algunas horas para que las aprovechemos.

—Eres un sol, Al.

Se enroscó a mi cuello, y entonces empecé a perder la noción de las cosas.

CAPÍTULO III

Cenamos en el apartamento de Silvia, sobre las diez de la noche, y me despedí de ella a eso de las tres de la mañana.

Ya en la calle, andando lentamente, enfilé Boulevard Warren arriba, pensando en lo agradable que resultaba tener una secretaria como Silvia.

Me detuve bajo la luz de uno de los faroles del alumbrado, mirando distraídamente el escaso tráfico que había a aquellas horas, y procedí a encender un cigarrillo mientras pensaba en Cora Wilson y en sus dieciocho años.

¿Cómo sabría un beso de aquellos rojos y juveniles labios?

No debía de saber mal, a pesar de que yo tenía conciencia de que Silvia, en materia de besos, era algo excepcional.

De nuevo divagaba ya que no era eso lo que yo quería pensar.

En Cora Wilson sí, pero no de aquel modo. Sólo en sentido profesional. ¿Qué buscaba? ¿Tenía miedo o sólo se trataba de un capricho un tanto excéntrico de una chiquilla que no sabía cómo pasar el tiempo?

Casi en el acto de formularme estas preguntas pensé en aquellos veinte mil dólares, una parte de los cuales tenía ya en mi cuenta corriente.

Por otro lado, la historia de aquella beldad morena era verosímil en todos sus puntos. ¿Llevaba razón? Para eso me había contratado. Para demostrarlo.

Encendí el cigarrillo, justo cuando algo zumbó por encima de mi cabeza y vino a estrellarse contra la pared que tenía a mi espalda.

Mascullando una imprecación, me lancé sobre la dura acera, mientras trataba de desenfundar la «Luger».

Lo conseguí cuando el segundo balazo levantó chispas en el

bordillo. Luego encaré la pistola hacia el lugar por donde me pareció que venían los disparos.

No vi a nadie. Nada, a no ser un enorme edificio en construcción. ¿Un aviso?

Podía serlo, ya que nadie disparaba ahora contra mí.

Sin soltar la «Luger», atravesé la calzada recto al edificio en construcción. Me interné en él, entre cascotes, cemento, ladrillos y mil cosas heterogéneas.

Después me detuve para escuchar. Tardé más de un minuto, a mi juicio, en oír unos rápidos pasos que se alejaban. Corrí por entre el dédalo de tablones y cascotes y salí al otro lado.

Una difusa silueta corría delante de mí pegada a las fachadas de las casas. Oyó mis pasos, se detuvo un segundo y al siguiente estaba disparando contra mí.

Sentí el plomo zumbiar en torno y me lancé de cabeza al suelo. En una muy difícil posición disparé, y el individuo dio media vuelta y se alejó.

De nuevo en pie, corrí detrás de él, pensando en que mi automática hacía demasiado ruido comparada con la de aquel hombre, del cual sólo veía su silueta.

Disparé de nuevo y fallé también.

El individuo torció por la esquina inmediata. Aceleré la carrera, pero cuando llegué a ella, solo, pude ver la luz del faro piloto de un automóvil que se alejaba a toda marcha. Casi en el acto oí el silbido de los pitos de la policía.

¡A buena hora, amigos!

Me alejé de allí, y tres cuadras más arriba tomé un taxi y di la dirección de mi apartamento, pensando que el primito de Cora Wilson, o quienquiera que fuese, era un hombre que sabía darse prisa.

Reclinado contra el respaldo del asiento trasero, entrecerré los ojos. Cora Wilson, la maniquí de dieciocho años, tenía razón.

Entonces pensé en el sargento Hale. ¿Qué estaría haciendo? ¿Habían dado carpetazo al asesinato ocurrido en mi apartamento? ¿Qué pensaba la Brigada de Homicidios sobre él?

Hale no me había molestado. Posiblemente comprobó mi coartada, que estaba seguro era invulnerable, y en vista de ello dirigió los tiros hacia otro lado.

Habíamos llegado.

Pagué, descendí del vehículo y, utilizando el ascensor, llegué a mi apartamento, pensando que también sería agradable pasar un rato con una morena como Cora Wilson.

Abrí la puerta sin dejar de pensar en ella, contando las horas que me faltaban aún para verla de nuevo, y mi mente dejó de funcionar cuando un objeto contundente cayó sobre mi cabeza.

Lo último que recuerdo es que caí de bruces..., y después, al recobrarme, que estaba tendido en el interior de un automóvil, que rodaba a buena marcha hacia no sabía dónde.

Me revolví un poco intentando cambiar de posición con objeto de tratar de reconocer a mis agresores, y al punto recibí un patadón en los riñones que me hizo rechinar los dientes.

—No te muevas, rata.

Obedecí en silencio, porque en la posición que ahora ocupaba los veía bastante bien.

Eran dos. Uno en cada ventanilla y sosteniendo en las manos dos pistolas automáticas de pavoroso aspecto. Otro llevaba el volante del automóvil, que eran tres, suponiendo que el que hacía las veces de chofer estuviera solo en el asiento delantero.

Tres ratas. Tres ratas del lago, o en todo caso, tres ratas de los bajos fondos de Chicago. De esos que se pueden alquilar por unos pocos dólares. De los que sólo cobran diez o veinte por liquidar o dar una paliza a un tipo cualquiera.

Me decepcioné. Creí que tenía más categoría. Ésa es la verdad.

Dos gangsters de lo más asqueroso que yo he visto. Dos tipos que cualquiera de los primitos de mi «futura» había podido alquilar para que me dieran un susto, o para que me enviaran al infierno con chaqueta y todo.

Alto, rubio y de rostro brutal el que iba a la derecha, dando frente al motor del automóvil. Ojos que me parecieron pardos, y con una anatomía capaz de impresionar a un gladiador de los tiempos del César en Roma.

El otro era moreno y con el pelo ensortijado. Pequeñajo y enclenque, pero con una automática alemana en la mano que causaba pavor.

Cerré los ojos unos segundos procurando clarear un tanto mis ideas y buscando de paso algún alivio para mi torturada cabeza.

Finalmente, y ya con ellos abiertos, sin poderme contener, pregunté:

—¿A dónde vamos?

El gigantesco gángster soltó una risotada que me pareció un lejano trueno. Después replicó:

—No tardarás en verlo, entrometido pesquisa. Estamos llegando.

—¿Quién les paga y por qué?

Ahora, rieron los dos, al parecer bastante regocijados, y cuando terminaron, me pareció oír el terminar de la risa del hombre que llevaba el volante.

—¿Te gustaría saberlo, fisgón? Pues te vas a quedar con las ganas.

—¿Piensan matarme?

Nueva risotada por parte del gigante, y luego la pregunta que le dirigió a su compañero de asiento:

—¿Has oído eso, Joe? Este pesquisa es gracioso. Pregunta si vamos a liquidarle —rió de nuevo—. ¿Por qué no se lo explicas tú?

El llamado Joe fijó por primera vez sus ojos en mí, y sentí un escalofrío. Eran azules. Pero de un azul tan claro y opaco que apenas si pude percibir su color.

Enseñó su podrida dentadura en una sonrisa.

—Dependerá de ti, pesquisa —dijo con voz fría y cortante—. Sólo de ti. Por el momento, simplemente queremos hablar contigo. Y ahora, ¡cierra el pico, bastardo! —terminó brutalmente.

Callé, pero pensando en desquitarme del insulto, si podía.

Sí, verdaderamente estábamos llegando. El gángster había dicho la verdad, ya que el automóvil se detuvo diez minutos después.

—Vamos, ¡fuera!

Brutalmente el gigantesco gángster me tomó por el hombro y me obligó a ponerme en pie.

Miré por la ventanilla y reconocí el lugar. Un talud, encima del cual estábamos nosotros. Bajo él, la vía del tren, los postes del teléfono y telégrafo, y a seis millas de distancia, hacia el sudoeste, Chicago.

De un empujón me obligaron a bajar del automóvil. Un «De Soto» modelo 1959, pintado de gris, con una matrícula que a todas luces se me antojó falsa.

CAPÍTULO IV

Eran tres.

El del volante era achaparrado, pelirrojo y de ojos negros, y vestía de manera detonante de pies a cabeza, pasando por su camisa chillona y su corbata de colores no menos chillones.

Nos miramos de frente.

Casi en el acto el panorama cambió.

El tipo gigantesco siguió con la automática en la mano, pero los otros dos las enfundaron bajo la axila. Acto seguida sacaron las porras de goma.

Sin poderlo evitar, me estremecí. Aquella gentuza me iba a convertir los huesos en pulpa.

—Bien —empecé por decir algo, y porque sabía que el sonido de mi propia voz me iba a causar un efecto consolador—. Ya estamos aquí. ¿Qué quieren?

El trío me miró en silencio y luego soltó la gran risotada.

Casi en el acto habló el tipo que hasta entonces, había empuñado el volante del «De Soto», dirigiéndose al gigantesco gángster:

—Explícale al muchacho, Delano.

El llamado Delano me miró reflejando en su rostro brutal y sanguinario una mueca de burlona alegría.

—Se trata de lo siguiente, bastardo —dijo—. Estamos aquí para hacerte una proposición. ¿Entiendes, querido?

—Hasta ahora, sí. ¿Qué más? —le interrumpí.

Aquello no le gustó, porque hizo una mueca de desagrado.

—¡Cierra el pico y escucha, fisgón! —replicó—. Se trata de que tienes que largarte de Chicago por una temporada. Lo mismo da que vayas a Nueva York, a Las Vegas, a San Francisco o el mismo

infierno si te apetece. Pero lejos de aquí. ¿Entiendes? Te daremos para el viaje tres mil dólares. Puedes tomar un avión dentro de un par de horas y perderte. ¿Qué respondes?

—¿Por qué he de irme?

Se miraron los tres y rieron de nuevo. Por lo visto, yo tengo que ser un tipo la mar de gracioso para causar tal hilaridad a bestias como aquéllas que sólo entienden de apretar el gatillo.

Sin esperarlo, el tipo del volante replicó a mi pregunta:

—Eso no te importa, fisgón. Bástate saber que no te queremos en Chicago hasta después de una buena temporada.

Les miré a los tres. Podía mentir, pero si lo hacía, también podían pasar dos cosas. Primera: que me dejaran ir sin más, para después buscarme las vueltas, y no con porras de goma, sino con plomo del que sale de una automática.

No me gustaba.

Segunda: que aceptara o fingiera aceptar, y en vez de dejarme ir, aquellos tres tipos se empeñaran en acompañarme al avión, cosa que era perfectamente lógica, en cuyo caso, por mucha prisa que me diera en regresar a Chicago, Cora Wilson habría encontrado un nuevo marido, un nuevo pesquisa para que le sacara las castañas del fuego, con la consiguiente pérdida, para mí, de los veinte mil dólares.

Aquello me gustaba menos.

—¿Qué respondes, pesquisa?

Había que contestar y pronto. Las miradas de los tres me gustaban aún menos que mis anteriores pensamientos.

—Y si decido quedarme, ¿qué ocurrirá?

Se miraron de nuevo, y cuando esperaba oír sus soeces risotadas, me dieron el chasco, ya que giraron los ojos hacia mí, en el más completo mutismo, y en la más completa seriedad.

Habló el llamado Joe, haciéndolo por segunda vez desde que había tenido la desgracia de conocerle.

—Será peor para ti, pesquisa. Mucho peor. Recibirás una paliza, aquí, ahora mismo. Después intentarás llegar a Chicago como puedas, porque nosotros nos iremos en el automóvil. Luego, si persistes en quedarte, si esta misma noche sigues en la ciudad, te rellenaremos el cuerpo de plomo. Tú mandas.

Estaba amaneciendo. Quedaban, pues, muy pocas horas para mi

cita con Cora Wilson. ¡Diablos con la morena!

Cualquiera se dejaría moler los huesos por conseguir un crío como aquél, en exclusiva, aunque sólo fuera por seis meses o menos, y de aquel modo. Eso, claro está, sin contar con los veinte mil dólares.

Me humedecí los resecos labios con la lengua.

—Me quedo —dije sencillamente.

Se miraron otra vez. Luego el gigantesco gorila retrocedió un par de pasos con el dedo tenso en el gatillo de la automática.

—Será mejor que no te muevas, bastardo, si no quieres que te meta una bala en un remo —dijo.

En el auto vi como Joe y el otro avanzaban hacia mí, con las porras de goma dispuestas para golpearme.

Retrocedí lentamente:

—¡Quieto, cerdo!

Esto lo dijo Delano, mientras apretaba el gatillo. Oí claramente el taponazo de la automática provista de silenciador, y al punto sentí como si algo tirara de mi pantalón, a la altura de la espinilla.

Y eso es lo que Delano no debió hacer nunca: disparar, al parecer sin motivo aparente.

Digo esto, porque sus dos secuaces no lo esperaban, ya que giraron un poco hacia él. Casi en el acto intentaron encararme, pero ya era tarde.

Al menos para Joe.

Apenas verle volver el rostro salte hacia él cayendo a una yarda de distancia y volví a saltar con el brazo en alto.

Le atenacé por la muñeca, giré en redondo, pasándome la mano por el hombro, me empiné sobre la puntera de los pies, y luego me agaché violentamente, tirando de su brazo.

El pequeñajo saltó por encima de mi hombro proyectado contra Delano, justo en el momento en que éste apretaba el gatillo por segunda vez.

El grito del pequeño gángster me puso el pelo de punta mientras, muerto ya, tropezaba violentamente con el gigante, que retrocedió un paso.

No pude ver más. Algo golpeó duramente mi hombro izquierdo y caí de rodillas. Luego, de manera instintiva me aparté, y oí la maldición soez del tipo del volante cuando falló escasamente mi

cabeza.

Me levanté sin darle tiempo para nada y lancé la zurda al encuentro de su descubierto mentón.

El choque de mi puño con su mandíbula resonó como un tambor. El «gorila» retrocedió un par de pasos y me lancé sobre él golpeándole de nuevo. Cayó al suelo, e intuyendo lo que iba a venir a continuación, y procedente de mi espalda, me lancé sobre él.

No me equivoqué.

Lo hice a tiempo ya que en aquel preciso momento, maldiciendo en todos los tonos, con la automática en la mano, el gigantesco Delano se desembarazaba de Joe apartándolo de él, brutal y rápidamente.

El tipo del volante estaba medio inconsciente. Por tanto, no me costó trabajo alguno quitarle la cachiporra, golpearle con ella para acabar de atontarle, y luego, sosteniéndolo con un solo brazo, levantarle dando cara a Delano que seguía maldiciendo y avanzando hacia nosotros.

—¡Maldito seas, bastardo! Te voy a machacar todos tus sucios huesos.

Disparó.

Sentí la sacudida que dio el gángster que llevaba entre mis brazos y comprendí que aquella bestia acababa de meterle en el cuerpo el plomo que me tenía destinado a mí.

No volvió a disparar, al menos por el momento, pero seguía acercándose. Cada vez más.

Rápidamente introduje la mano bajo la axila del gorila que pendía flácido entre mis brazos y extraje su automática.

—¡Detente o te frío, perro!

Le estaba encañonando cuando di la orden, pero Delano no se detuvo. Siguió avanzando y volvió a disparar, una y otra vez.

Volví a sentir cómo el gángster que me servía de escudo se estremecía un par de veces, y luego quedaba quieto, flácido, inerte entre mis brazos. Disparé entonces, una sola vez.

Delano se detuvo en seco. Intentó decir algo y de su garganta sólo surgió un alucinante gorgoteo. Después soltó la automática, que cayó al suelo, y acto seguido la siguió él.

Lancé un suspiro que, sin exagerar, estoy seguro que se oyó en el mismo Chicago.

Acto seguido miré al gángster que tenía entre mis brazos. No podía hacer nada por él. Estaba muerto. Lo mismo que Delano y Joe.

Lo deposité blandamente en el suelo y me encaminé al «De Soto». Frente al volante, me dio cuenta por primera vez que mi cuerpo se hallaba cubierto de frío sudor.

De un sudor tan frío que me hacía estremecer.

Encendí un cigarrillo y aspiré el humo con deleite. Una vez lo hube consumido pulsé el «demarré», embragué, y salí a la carretera.

Eran las nueve de la mañana cuando alcancé Chicago por la carretera 23, luego de dar un pequeño rodeo.

Dejé el «De Soto» aparcado frente a una boca de incendios, con la sana intención de que lo descubriera cualquier guardia urbano, lo más aprisa posible, y en la esquina inmediata tomé un taxi.

Cuarenta minutos después y, tomando infinitas precauciones, entré en mi apartamento. Al parecer, tendría que cambiar la cerradura o mudarme de casa, Estaba harto de que allí entrara el que quisiera. Ciertamente Linda Carruthers pudo hacerlo, porque Silvia le dio una llave, cuando fue a verla a mi oficina explicándole que era algo muy importante. Silvia me lo contó.

La pobrecilla llevaba razón. Era tan importante lo que me tenía que decir, que había muerto asesinada por ello.

Me di una ducha, me curé el hombro, que me dolía de manera horrible, me coloqué encima mi mejor traje, salí, y me encaminé directamente al número 607 de Madison Avenue.

Cinco minutos después, tenía entre mis brazos la formidable anatomía de mi secretaria, cuyos besos me llenaron de fuego.

Como una llama inextinguible.

Como si temiera que me iba a perder para siempre.

Como si tuviera unos celos horribles de una cría llamada Cora Wilson, y quisiera demostrarme con ello, que ella valía mucho más, infinitamente más.

Tal vez por eso no me dejó abrir boca hasta una hora u hora y cuarto más tarde.

Y lo hizo arrellanada en el sillón, dentro de mi despacho, e intentando arreglarse un poco, sin conseguirlo del todo, la mañana en que se había convertido su hermoso pelo.

CAPÍTULO V

—¿No tienes nada que preguntarme, querido?

—No me has dejado hacerlo.

Rió echándome los brazos al cuello. Le besé, y procuré apartarla suavemente de mí.

—Bueno, ricura —dije en el acto—. ¿Hay algo de particular?

Me miró largamente, y luego replicó, casi mordiendo las palabras.

—Esa lagarta de la Wilson ha telefoneado, querido.

—¿Y bien?

—Nada. Al parecer no desea que yo me entere dónde tendrá lugar esa extravagante boda. Dijo que volvería a telefonar más tarde.

Me miró con rencor, y yo preferí mirar otra cosa más interesante de las muchas que tenía, porque en el fondo la comprendía.

No repliqué.

En vez de eso encendí un cigarrillo mientras ella intentaba acabar con su pelo.

Al fin pareció quedar conforme y entonces me miró a los ojos.

Con una triste sonrisa en los labios habló:

—Al parecer, Al, las cosas no han salido como yo quería. Por tanto, debo despedirme ahora. Sé, estoy segura de que no nos volveremos a ver, al menos como ahora.

La miré. De pies a cabeza.

Lo sentía, pero ¿qué podía decir?

Nada que fuera lógico, y, no obstante, aventuré:

—Por favor, Silvia. No saques las cosas de quicio. Esa boda no significa nada para mí, como no sea un buen montón de dólares, de los cuales tú...

—¡No sigas, Al Murdock! —me atajó con la voz y con el gesto—. No sigas, querido. Yo... Ni tú ni yo tenemos la culpa de que tú no me quieras. Yo tampoco la tengo de haberme enamorado de ti como una tonta, loca, estúpida, sabiendo de antemano que no podía esperar nada. Hice mal desde un principio. Sí, es verdad; soy la primera en darme cuenta de ello. Para ti, hasta..., tal vez hasta este momento, no he sido nada más que una mujer fría y calculadora, cuyos besos y caricias te costaban un ojo de la cara. Pero no es verdad, Al. No lo ha sido nunca.

Me miró, y después bajó los ojos al suelo.

¿Qué responder?

Ni yo mismo lo sé, ni creo que lo haya sabido nunca. No obstante, de una cosa estoy seguro, de que agradecí profundamente el sonido del timbre del teléfono.

Acostumbrado a que fuera ella la que contestaba siempre, esperé a que lo hiciera, pero Silvia no lo hizo, simplemente me miró durante unos segundos y luego dijo con voz opaca:

—Tómalo tú, Al. Estoy seguro de que es ella.

Lo era. Silvia no se había equivocado. Al otro lado del hilo estaba Cora Wilson.

Cora y sus dieciocho años.

Cora y su fantástica fachada. ¿Qué maestro o qué diablo fue el que la pintó?

—¿Al Murdock...?

Interrumpí mis pensamientos para contestar:

—Sí, yo mismo.

Su risa cascabelera resonó dentro de mi oído.

—Hola, Al —dijo—. ¿Puedes dejar a ese bombón de secretaria tuya y venir a comer conmigo? Quiero enseñarte algo, y hacerte de paso algunas preguntas.

Vacilé mirando a Silvia, pero ella, como si adivinara cuál era mi apuro, dio media vuelta y desapareció en el interior de su despachito.

—¿Es importante, Cora? —pregunté llamándola por su nombre, como ella había hecho conmigo.

—Sí —replicó—. Bastante.

—De acuerdo. ¿Dónde está usted?

—En el «Manhattan». Es un bar que hay en la Avenida Fullerton

en...

—Sé dónde está, encanto. En seguida estoy con usted.

—De acuerdo. Le espero. Siempre es agradable encontrar a una persona que le pague a una las consumiciones.

Colgó antes de que tuviera tiempo de mandarla al cuerno.

Suavemente deposité el auricular en la horquilla, y, acto seguido, me encaminé al lavabo con objeto de reparar en parte mi atuendo. ¡Esa Silvia!

Salí quince minutos más tarde.

Silvia estaba en el antedespacho. Me detuve a mirarla, pero no me atreví a dar un paso hacia ella para besarla. Sin saber por qué, una barrera casi inexpugnable se había interpuesto entre los dos. ¿O sí que lo sabía?

—¿Por qué no te quedas hasta que acabe esto, Silvia? —pregunté—. Esa boda...

—Ya lo has dicho antes, Al. Ahora no significa nada para ti, pero después sí, ¡ya lo verás!, y mucho. Por lo tanto, no esperes que me quede.

—¡Silvia!

Bajó los ojos al suelo. Yo la miré durante un par de minutos y luego di media vuelta hacia la puerta.

Al tomar el tirador con la mano, ella me llamó:

—¡Al!

Me volví justo a tiempo de recibirla entre mis brazos. Me besó con desesperación, como no lo había hecho nunca.

Se separó de mí con los maravillosos senos alentando. Luego dio media vuelta y desapareció en el interior de mi despacho privado.

Salí a la calle con la cabeza hecha un caos.

Un asesinato. Una mujer da dieciocho años, que era un explosivo. Tres pistoleros muertos de los cuales yo no me había cuidado ni de llamar, fingiendo la voz, a la Brigada de Homicidios, una herencia y, por último, una descabellada boda para proteger a dieciocho años bien floridos, y con algo más de lo que tienen muchas de las hermosas mujeres que yo conozco.

Un nuevo taxi me llevó a Fullerton. Descendí de él y me encaminé en derechura al bar.

Cora Wilson, con sus piernas, con su todo, extraordinario por demás, estaba ahí, subida a un alto taburete, con la falda tres dedos

por encima de las rodillas, y mirando a la puerta.

Sonrió, y me hizo un guiño cuando ya estaba avanzando hacia ella.

—Hola, Al. Me alegro que hayas venido tan pronto. Por lo menos me ahorraré la consumición.

No sonreí. Miré encima del mostrador, ya que hasta aquel momento mis ojos estuvieron ocupados en algo en extremo más sustancial.

Un emparedado de jamón y una cerveza.

Me senté a su lado y pedí lo mismo. Luego la miré, dándome cuenta de que sus rasgados y negros ojos no se apartaban de mi rostro.

—Bien, *miss* Wilson... —empecé.

—¡Oh, no, querido! Vamos a ser marido y mujer. Por tanto, es preferible que nos tuteemos desde ahora. Yo lo he hecho apenas si has entrado, Al.

—De acuerdo, encanto —repliqué—. ¿Qué era ese asunto tan importante que tenías que decirme?

Bebió una poca cerveza antes de contestar:

—Para ti no lo sé, querido. Pero para mí lo es, y mucho.

Nos miramos. Yo intuyendo algo, aunque no sabía qué. Ella, con un malicioso brillo en sus ojos. Al fin pregunté:

—¿Por qué no te explicas en vez de dar tanto rodeo?

—¡Por favor, querido! ¡No te excites! Verás... Es..., es que como nos vamos a casar en seguida, he creído pertinente apartarte cuanto antes de los amorosos brazos de tu secretaria. ¡No! No me mires así. Es... un diablo con faldas. Un felino muy hermoso. Comprendo que cualquier hombre pierda la cabeza por ella.

Así, tranquilamente, con la sonrisa en los labios y la burla en los ojos. Con todo desparpajo.

Sentí deseos de mandarla al cuerno o darle una zurra. No hice ni lo uno ni lo otro. Simplemente repliqué, en tono fosco:

—Aún faltan unas cuantas horas, ricura.

—No... ¡No lo creas, amor! —Miró su relojito de pulsera—. Son las dos de la tarde. Dentro de dos horas seremos marido y mujer. He adelantado la hora, ¿sabes? Así tendré tiempo de ir a mi apartamento a recoger mis cosas. Espero que me ayudes tú —terminó con toda tranquilidad mientras la burla le seguía

bailoteando por las inmensas y negras pupilas.

Permanecí en silencio mientras tragaba parte del emparedado de jamón, y hacía funcionar la mente a marchas forzadas.

—¿En qué estás pensando, mi cielo? Te has quedado como alelado.

La miré de través y ella se rió.

Entonces empecé a hablar.

—Pensaba en el asesinato de tu prima Linda, Silvia... —Frunció el ceño al oír el nombre de mi secretaria, pero no hice caso. Por tanto continué—: Silvia me dijo que el mismo día en que la mataron, fue a verme a mi oficina. Porfió tanto con ella que accedió a darle una llave de mi apartamento. Fue a él y la mataron allí. ¿Sabes para qué me buscaba? ¿Qué es lo que quería de mí?

Quedó pensativa unos segundos.

—Es lo mismo que me he estado preguntando yo durante todo este tiempo. Incluso llegué a pensar que te conocía íntimamente, y luego he sabido que no —declaró con la misma tranquilidad de siempre—. No, Al; no lo sé. Posiblemente no lo sabremos nunca.

Volvió a mirar el reloj.

—¿Tantas ganas tienes de convertirte en mi esposa, Cora, que miras el reloj con tanta insistencia?

Ahora la que me miró de través fue ella.

—¡Presuntuoso! ¡Qué más quisieras tú!

—Yo... —Me reí fingiendo una alegría que estaba muy lejos de sentir—. Yo no, ricura. Eso tú, y para eso pagas. Veinte de los grandes.

Agrandó los ojos de manera inverosímil, y en el brillo súbito de sus pupilas adiviné que tenía algo fuerte en la punta de la lengua. Pero no replicó. Se limitó a tomar el vaso de cerveza y apurarlo del todo.

Después se bajó del taburete.

—Vamos —dijo.

—¿A dónde?

—A que me invites a comer. Tenemos el tiempo justo para ello. Habíamos quedado en eso, ¿no?

Asentí y salimos el uno detrás del otro.

Acto seguido, y ya en la calle solté un respingo, porque ella se encaminaba en línea recta hacia un hermoso automóvil, «Mercury»

del modelo más reciente, y pintado color crema.

Abrió la portezuela, se situó frente al volante y exclamó mirándome:

—Vamos, hombre. Sube. ¿O es que empiezas a tener miedo?

Di la vuelta al vehículo y me instalé a su lado.

Arrancaba cuando pregunté, con una grosería. Imperdonable por cierto, pero disculpable dado mi estado de humor.

—Oye, ricura. ¿Es tuyo, o hay alguien que te paga los gastos?

Frenó en seco, y no ocurrió nada extraordinario porque no llevábamos a ningún automóvil detrás.

Por espacio de algunos minutos me miró llena de fuego, con los ojos encendidos en una contenida pasión, y al fin explotó, mordiendo las palabras:

—Escucha, Al Murdock... —La vi vacilar, luego desvió los ojos, miró al frente y arrancó con una fenomenal sacudida. Entonces añadió—: Nunca olvidaré esa pregunta, Al.

Aparcó frente a un caro restaurante en pleno Madison. Descendimos, y por muchos esfuerzos que hice durante la cocina, no logré que desarrugara el ceño.

Desde luego hay tipos imbéciles en el mundo. Y esto lo digo por mí. ¡Que conste!

Una hora después salimos de allí, ella llevando el mismo gesto en su rostro, y yo pensando en miles de cosas. Otra hora más tardamos en contraer matrimonio, en un Juzgado de Paz de Oak Park.

Luego nos encaminamos al apartamento que ella tenía en Lake Shore Drive, pero antes de llegar ocurrió algo.

Mucho antes. Apenas salir del Juzgado, y antes de llegar al «Mercury».

CAPÍTULO VI

Había un automóvil pintado en negro unos cuantos metros más abajo. Recuerdo que lo vi casi al segundo de salir del Juzgado con mi flamante esposa, pero no lo tomé en cuenta.

Estoy seguro de que ella tampoco, ya que llevándome del brazo, iba ensimismada en sus propios pensamientos, Tal vez se estaba arrepintiendo ahora que no había remedio.

Estábamos llegando al «Mercury», cuando el automóvil arrancó. Oí claramente el ruido de su potente motor, y sin saber por qué, me volví. Tuve el tiempo justo de propinar a Cora un formidable empujón, lanzándola al suelo, y acto seguido lo hice yo.

Un chorro de balas pasó sobre nuestras cabezas, mientras el tableteo de una pistola ametralladora nos hería los oídos.

El automóvil pasó rozando el bordillo y estuvo a punto de volcar cuando su único ocupante giró el volante para evitar la colisión con el «Mercury» de Cora.

Casi en el acto me aparté de encima de ella, ya que hasta el momento la había estado protegiendo con mi cuerpo, y disparé un par de veces contra él, antes de que con un espeluznante chirrido de cubiertas doblara la próxima esquina.

Mascullando imprecaciones me incliné sobre ella y la ayudé a levantarse.

Estaba pálida y me sonreía. Por lo visto, mi acción, había conseguido hacerla olvidar mi grosería de antes.

Cínicamente agradecí su intervención al desconocido asesino.

—¿Te has hecho daño? —pregunté mientras la llevaba apresuradamente al «Mercury», ya que los curiosos empezaban a detenerse a nuestro alrededor.

No me respondió hasta que estuvo sentada frente al volante.

—En esta rodilla —dijo, levantándose la falda—. Pero creo que no es nada.

Miré por la ventanilla, respirando con dificultad, y ella arrancó rápidamente.

Ninguno nos dijimos nada hasta que Cora detuvo el «Mercury» frente al número 9004 de Lake Shore Drive.

Diez minutos después, ambos entrábamos en su apartamento.

Fue entonces, después de cerrar la puerta a mi espalda, y cuando se volvió para mirarme, cuando se azoró.

Comprendí sin necesidad de preguntar, sin necesidad de que ella dijera nada, de que yo era el primer hombre que entraba allí.

Sin saber por qué me halagó la cosa, y procuré no mirarla para no azorarla más, ya que su semblante había enrojecido notablemente.

Habló con voz ronca, extendiendo un bien torneado brazo para señalar:

—Aquella puerta conduce al «*living*», Al —dijo—. Puedes pasar a él y servirte lo que desees. Estás en tu propia casa, como mi marido que eres.

Di las gracias sin saber lo que pensar, y me encaminé a donde me había indicado. Desde la puerta me volví para mirarla.

Me estaba mirando también, desde otra de las puertas situadas al fondo. Adiviné sin esfuerzo alguno que se trataba de su dormitorio.

—Dijiste que te iba a ayudar a hacer las maletas, Cora.

Se azoró aún más.

—No... No, por favor.

Adiviné, y fui al *living*.

Frente a un «Manhattan» la esperé más de media hora, al cabo de la cual regresó. Había cambiado de vestido por una escotada blusa, que me hizo mirar a otro lado, lo que fue peor, ya que su corta y estrecha falda realzaba aún más sus fantásticas curvas.

Pidió de beber. Le preparé otro «Manhattan», y diez minutos después, el «Mercury» rodaba, conducido por ella, hacia la quinta de su primo Jimmy.

¿El asesino?

¿Por qué?

Si mal no recuerdo, la muerte de sus parientes, en nada le

beneficiaba a él.

¿Cuál de los primitos o primitas?

No pude contestarme a mi propia pregunta, ya que ella no me dejó. Pero estoy seguro de que de no haberlo hecho, tampoco hubiera podido contestarme a ella.

—Al...

Debo de ser un tipo endiabladamente listo, aunque peque de inmodesto, ya que creía adivinar lo que me iba a decir. No obstante, repliqué:

—¿Qué, Cora?

—Yo... En fin, no sé cómo empezar. Pero... Delante de mis primos, debemos ser... ¿cómo te diré...? Debemos aparentar ser un matrimonio como los demás. ¿Comprendes?

Deseé como nunca verla enrojecer.

—¿Quieres darme a entender que puedo besarte delante de ellos?

Se encendió al rojo vivo, y me sorprendió su respuesta.

—Sé que no habrá más remedio, Al. Pero confío en tu caballerosidad.

Comprendí y no repliqué.

Por su parte, ella, no habló en todo el camino.

La quinta era hermosísima. Rodeada de un amplio y frondoso jardín, con multitud de enormes árboles, y una gran piscina con un altísimo trampolín.

Cien yardas más allá de la tapia que rodeaba la finca, vi los árboles y la vegetación que por aquella parte ocultaban un tanto la orilla del lago Michigan.

Finalmente, el «Mercury», conducido hábilmente por aquel bombón que me había tocado por esposa, atravesó una verja de hierro, se adentró por un ancho camino asfaltado, y se detuvo frente a los cinco escalones de mármol que daban acceso a un porche con seis columnas también de mármol.

La ayudé a descender, y ella, con una sonrisa hechicera en su hermosa y carnosa boca se colgó materialmente de mi brazo.

Todos estaban allí, esperándonos.

Peter Wilde Carruters, alto y seco, de pelo entrecano y ojos grises, vistiendo de forma detonante y de unos treinta y dos a treinta y tres años.

Jimmy Morton Carruters. Joven, de no más de veintiocho años. Pelo negro y hermosos ojos azules, de perfil helénico, y de porte aristocrático.

Don Gruber Carruters, joven, tímido, asustadizo, de pelo rojo y ojos pardos, y también vistiendo de manera atildada y elegante.

Y finalmente, Liz Carruters

O'Hara.

Casi tan joven como Cora, y endiabladamente hermosa.

Cora dijo que mi secretaria es un diablo con faldas pero se le olvidó nombrar a su prima Liz. Ella, como Silvia, es rubia. Los ojos son grandes, rasgados y extrañamente grises.

De busto podía medir cerca del metro. Y, hablando de ello, debo aclarar que Cora, con sus dieciocho años, no tenía nada que envidiarla.

En cuanto a piernas y caderas, tampoco.

Dejé de mirar a Liz cuando Jimmy Morton se adelantó hacia nosotros, como dueño y jefe de la casa.

Sin recato alguno abrazó a Cora y la besó en ambas mejillas.

—Hola, primita —saludó después—. No sabes cuánto me alegro de verte —sonrió al mirarme—. ¿Un amigo, Cora?

Ella rió, y mentalmente me dije que sabía disimular bien su estado de ánimo. A nadie le gusta convivir con un asesino durante seis meses seguidos.

Después replico:

—¡Oh, no, Jim! Se trata de mi marido.

Miró en torno y vi el estupor retratado en todos los rostros. Pero no en el de Jim.

—¿Tu marido?

—Sí, querido primo. Se llama Al Murdock, y es uno de los mejores detectives privados de Chicago. Supongo que habrás oído hablar de él.

Me miró en silencio unos cuantos segundos, y, después, me tendió la mano.



—¡Oh, no, Jim! Se trata de mi marido

—¡Oh, no, Jim! Se trata de mi marido.

—Bienvenido sea a esta casa, mister Murdock —dijo—. Celebro conocerle.

La estreché. Al hacerlo, una risa irónica estalló. Nos miramos, y después levantamos el rostro para encarar al que reía.

Peter Whilde estaba parado frente a nosotros. Para ello había

salido del grupo general, y estaba riendo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Peter? —preguntó Jimmy fríamente.

El otro continuó riendo algunos minutos más.

Luego miró a su primo de pies a cabeza, lanzó otra risotada y replicó:

—De ti, y de ése —y me señaló con el dedo—. No sé por qué le das la mano de bienvenida cuando no te gusta. Sé, como lo sabemos todos, ya que todos estamos pensando igual, que Cora debió escoger otra clase de sujeto por marido. Además, ¿para qué quieres hacerle creer que en nuestra familia reina la cordialidad cuando no es así? Nos odiamos, primo Jim. Y más ahora, después de enterarnos de este condenado testamento. ¿O te has olvidado de la pobre Linda?

No por aquellas palabras Jimmy Morton perdió su compostura aristocrática. Ciertamente adelantó un paso y dijo aún más fríamente:

—Será mejor que sujetes la lengua, Peter. Mister Murdock va a creer que...

—¡Qué crea lo que quiera! ¿Acaso miento?

Jim Morton fue a decir algo más, pero Liz le interrumpió luego de dar un par de pasos al frente, con los cuales se colocó a una yarda escasa de primo Peter.

—Tú dirás lo que quieras, Peter —dijo—. Pero el chico no está mal. A mí me gusta un horror —miró a Cora, que permanecía callada y añadió—: Chica, si alguna vez te aburres con él, dámelo. O si no, vigílale bien, porque voy a intentar quitártelo.

Cora hizo un mohín. Quizá fue a replicar, pero entonces Jimmy tomó la palabra.

—Por favor, Cora, ¿queréis pasar? Os estábamos esperando para cenar.

Ella, con una sonrisa encantadora, se colgó de su brazo, y así, de este modo, pasamos al interior.

Al punto de llegar al vestíbulo, me llamó la atención el lujo elegante y sobrio que había por doquier. El viejo Carruters debió ser un tipo de gusto exquisito.

En el comedor, Jim soltó el brazo de Cora y me presento a todos. Después nos sentamos, y, como cosa lógica, mientras comía y pensaba, mirándoles a todos, quien podía ser el asesino, contando, claro es que Cora no se hubiera equivocado, y que los ataques de

que había sido objeto, fueran también una broma, tampoco perdí el tiempo en admirar las piernas y las caderas de la bella y juvenil doncella, que ayudada por un viejo mayordomo, nos sirvió la mesa.

La cena empezó en silencio, y así siguió por espacio de más de veinte minutos, mientras me esforzaba por estudiar a todos aquellos tipos que componían los restos de una desunida familia, y sobre todo, la forma como bebía Peter Whilde.

Casi en el acto me di cuenta de que Morton le miraba también, con una expresión de desagrado en su semblante.

CAPÍTULO VII

Había tensión en el ambiente. Cora, a mi lado, me miraba a hurtadillas. Frente a mí, Liz levantaba de vez en vez los ojos del plato para fijarlos en los míos.

Parecía querer indicarme un mudo mensaje.

Al lado de Liz permanecía Don, a su derecha. A su izquierda, y en lo que pudiera llamarse la cabecera de la mesa, estaba Peter, bebiendo y bebiendo.

Las repentinas palabras de Jim Morton tensaron aun más el ambiente.

—¿Por qué no dejas de beber de esa forma, Peter?

El aludió levanto el rostro y pude ver sus ojos brillantes, enrojecidos por el alcohol.

Intentó fijar la mirada en su primo, y en el acto la desvió hacia todos nosotros. Repentinamente estallo en una fuerte carcajada que tuvo la virtud de ponernos el vello de punta.

—¡Iluso! Eres un iluso, Jim. ¿Por qué te crees que bebo? Porque tengo miedo. Miedo al asesino de Linda. Sí, estoy seguro de que esta aquí, entre nosotros. Que seguirá matando una y otra vez hasta que consiga quedarse con todo. Por eso pienso seguir...

—¡Cállate, Peter!

Me asombro la entonación que Morton puso en su orden. Y cuando creía que éste iba a replicar, lo hizo Liz, mirándome a mí de una forma diabólica.

—Peter es un imbécil, Jim —dijo—. Ahora tiene miedo, pero si piensas con sentido común comprenderá que por lo menos en unos cuantos días no tiene que temer nada. Aquí hay un detective. Es el marido de Cora, ya que así lo afirma ella. El morirá primero. ¿Es que no lo comprendes? Al Murdock estorba al asesino. Por lo

menos, si yo hubiera matado a Linda, lo creería así.

A sus palabras siguió un extraño silencio. Con el rabillo del ojo vi como Cora miraba a su prima con una extraña sonrisa.

—Tendría que andar muy listo para asesinar a Al —dijo finalmente en réplica a su prima, y, dirigiéndose particularmente a ella—. Somos dos los que compartimos la misma habitación, Liz. Tendría que asesinarnos a ambos. ¿O no lo has comprendido aún?

—Puede que ocurra eso mismo que dices, querida prima. Puede que esta misma noche.

Me puse en pie mirándoles a todos, mientras sentía la mirada taladradora de Jimmy Morton fija en mí.

—Llevo una «Luger» en la funda de la axila —alardeé—. Creo que si es verdad que ese hombre o mujer está con nosotros, tendrá que pensarlo mucho antes de entrar en mi habitación.

Liz saltó como un rayo con los ojos fulgurantes.

—¡Oiga, Murdock! ¡Eso no lo consiento! La única mujer, aparte de Cora, que hay aquí soy yo. Y yo no maté a Linda. Puedo probar que estaba bastante lejos de Chicago cuando eso ocurrió.

—Cora pudo hacerlo, encanto —dije tranquilamente.

Después di media vuelta, me alejé. Al llegar a la puerta del comedor, la hermosa doncella se tropezó conmigo. La detuve con un gesto.

—¿Por qué no me acompaña a mi habitación, preciosa? —dije.

—En seguida, mister Murdock —replicó.

Antes de salir, aún tuve tiempo de oír decir a Morton, dirigiéndose a su prima Liz:

—Eres tonta en preocuparte de ese asesino, querida. ¿Qué puedes temer estando yo aquí?

Alcanzamos el piso alto, pero antes de que pudiera decir o preguntar nada, la doncella, después de indicarme la habitación, se escabulló rápidamente.

No encendí luz alguna. Permanecí fumando, sentado en el primer sillón en que tropecé, y, con los nervios de punta.

No soy cobarde, pero las palabras de Liz me impresionaron. Estaba seguro de que ella tenía razón.

No había duda alguna en ello. El asesino había intentado por dos veces quitarme de la circulación. Una, mediante una amenaza, mediante un pago. La otra, en forma más expeditiva, haciendo uso

de una pistola ametralladora.

En ambos casos había fracasado. ¿Fracasaría la tercera vez?

De mí dependía que fuera así. Tenía que cuidar de mi pellejo, y de la hermosa piel de mi esposa de ocasión.

Repentinamente la puerta se abrió. Di un respingo sobre el sillón y mi mano voló materialmente en busca de la «Luger». Se encendió la luz, y me tropecé con la asombrada mirada de Cora, cuyos ojos estaban fijos en la automática que la apuntaba al pecho.

Enfundé y cerró la puerta a su espalda.

Después me miró.

—Esto no me gusta.

—¿El qué? —pregunté—. ¿El que tengas que pasar unas cuantas noches a mi lado?

Hizo un gesto indefinible.

—El que la puerta no tenga llave ni cerrojo, idiota —replicó.

Luego miró en torno.

Yo también.

Eran dos habitaciones. El *living* propiamente dicho, que era donde nos encontrábamos, y el dormitorio, con una sola cama.

Cora me miró.

Sin poderme contener, adivinando lo que estaba pensando, me levanté, encaminándome directamente al dormitorio. No quise mirarla sabiendo lo que iba a ver en sus ojos.

Regresé poco después llevando un par de mantas en la mano. Acto seguido me acerqué al amplio sofá, me despojé de la chaqueta, de las correíllas con la funda y la pistola, me senté, y me quité los zapatos.

La miré después, y dije:

—Tu habitación está allí, ricura. Puedes irte a dormir cuando quieras.

Y me tendí a todo lo largo del sofá sin dejar de mirarla.

—Gracias, Al —repuso al cabo de unos minutos de silencio—. Sé que eres un caballero.

Maldije a todos los caballeros habidos y por haber, pero ella no se enteró de ello. El pensamiento es libre, ¡qué caramba!

Se fue contoneando al andar, y la seguí con los ojos como ascuas (al menos debía tenerlos) hasta que desapareció dentro del dormitorio. Cerró la puerta.

Entonces maldije en voz baja, me levanté, apagué la luz, y volví al sofá. Entonces fue cuando saqué la automática de la funda y la mantuve en mi mano derecha, bajo la manta, esperando.

Oí dar una hora, más adelante un cuarto. Después la media. Finalmente, otra hora. La una.

El sueño había huido de mis ojos. En mis oídos seguían resonando las palabras de Liz. ¡Maldita fuera mil veces!

Procuré no pensar, y mucho menos en ella, que estaba tal vez durmiendo, a pocas yardas de mí.

Vano empeño. No lo conseguí.

Volví a oír los cuartos, las medias y las horas...

¡Las tres!

Algo se movía en el pasillo.

No sé lo que tardé en darme cuenta de ello, pero era así. Fue un leve crujido. Como si alguien anduviera sobre el entarimado del piso, descalzo, o bien de puntillas.

No me moví. Mis nervios amenazaban fallarme. Tenía miedo. Lo he sentido pocas veces, pero aquella noche era una de esas pocas. Tal vez estuviera obsesionado por las palabras de la primita de mi mujer.

El sonido se repitió. Me tensé bajo las mantas, apretando fuertemente la culata de la «Luger».

Cada vez más cerca. Oí o creí oír los tenues pasos acercándose a la puerta. Contuve la respiración.

Era verdad. No eran figuraciones mías ni producto de mis nervios excitados. Alguien se estaba acercando a nuestras habitaciones.

Finalmente los pasos se detuvieron. Adiviné que junto a la puerta. Adiviné una enguantada mano manipulando con el tirador, mientras que la otra, enguantada también, sostenía una automática de gran calibre.

Sentí, adiviné de nuevo el pomo del tirador, girando, la puerta abriéndose hacia adentro, suavemente...

Repentinamente los goznes gimieron levemente. Fue un sonido apenas perceptible, pero que me hizo saltar sobre el sofá, como un imbécil.

Me senté en él y disparé contra la puerta. Un par de veces. El estruendo de la «Luger» debió oírse en todo el Michigan, a juzgar

por los efectos que hizo dentro del reducido espacio de la habitación.

Casi en el acto de extinguirse las dos detonaciones, oí claramente el golpazo que dio la puerta. Salté del sofá y corrí hacia ella. Mis pies se enredaron con una silla, y di con mis huesos en el suelo.

La «Luger» se escapó de mi mano y entonces maldije en todos los tonos, recordando ahora que entre el estruendo de las dos detonaciones, creía haber oído un grito de mujer.

Cora seguramente.

No tuve tiempo de nada más, ya que las luces se encendieron y ella cayó sobre mis brazos como un huracán.

—Al... ¡Oh, Al!

Se apretujó contra mí completamente aterrorizada.

Se separó de mí, y más vale que no lo hubiera hecho. Con los labios entreabiertos y una mueca de estupor en su semblante, con un maravilloso salto de cama, de nylon, color rosa, me miraba como si no me hubiera visto nunca.

Y no, no quise seguir mirándola mucho. No debía, ni podía.

Repentinamente pareció darse cuenta, o algo reflejaron mis ojos, pues dio una rápida media vuelta y desapareció dentro del dormitorio, para regresar al cabo de tres minutos, llevando encima de la «deshabillé» una larga bata de raso.

Fue a inquirir qué había ocurrido, vi en sus ojos su muda pregunta, quise adelantarme a ella, contestar, pero ninguno de los dos pudimos hacer nada al respecto.

La puerta, que no se había cerrado del todo, se abrió, dando paso a Don Gruber y Peter Whilde.

—¿Qué diablos ha ocurrido? ¿Quién disparó contra quién?

Las preguntas surgieron como disparos en boca de Whilde. Esbocé una sonrisa de disculpa mirándoles a los dos.

—Ha sido culpa mía —dije—. Estaba nervioso y me puse a limpiar la pistola. Se me disparó. Eso es todo.

Era una mentira como un castillo.

Tal vez se dieron cuenta de ello o tal vez no. Fuera esto o lo otro, Gruber abrió los ojos y la boca, seguramente para decir algo, pero, fue interrumpido por la llegada de Jimmy Morton y de Liz.

No tuve ojos nada más que para ella. Igual que Cora, llevaba una

bata larga hasta los pies, pero hasta el más lerdo hubiera adivinado que bajo la misma había muy poco más.

Y era hermosa, endiabladamente hermosa.

Fue ella la que hizo la pregunta de rigor, mirando el arma que aún sostenía en la mano.

—Disparó usted, ¿no?

—Se me disparó, que no es lo mismo, *miss Carruters*. La estaba limpiando, un poco nervioso por las palabras que usted me dijo en el comedor.

Frunció el ceño, fue a decir algo, pero Peter la atajó con un gesto mientras me encaraba:

—¿No será que alguien entró con el propósito de liquidarle, mister Murdock?

—¿Qué diablos...?

Se volvió como una fiera dando cara a su primo Jim.

—¡Cierra el pico, Jim! —vociferó—. Estoy seguro que es la verdad lo que digo. Alguien, uno de nosotros ha entrado o ha intentado entrar en esta habitación para liquidar a mister Murdock. El flamante marido de Cora estorba al asesino.

—Eres un visionario, Peter. ¿Por qué no puede decir la verdad mister Murdock?

—Eso se lo preguntas a él, Jim. Yo sólo digo lo que pienso. — Nos miró a todos y añadió—: Todos mentimos aquí. Todos tenemos miedo. Los unos a los otros. Nos odiamos... y... ¡cerraré mi puerta como sea! No quiero ser la próxima víctima.

Dio media vuelta y salió de la habitación. Jimmy Morton me miró atentamente y después preguntó:

—¿Es verdad que se le disparó la pistola, mister Murdock?

Repliqué con otra pregunta:

—¿Por qué tenía que mentir?

La respuesta corrió a cargo de Liz:

—Tal vez por el deseo de no asustarnos, Jim —me dirigió una hechicera sonrisa y dijo—: Desearía hablar con usted, mister Murdock. Mañana si le parece bien.

Asentí, me dio las gracias, y ella y Jimmy salieron. Vi cómo él la tomaba de la cintura mientras cerraba la puerta.

Al volverme, Cora me miraba desde el centro del *living*, con sus negros ojos brillantes.

—No había necesidad de mentir, Al —dijo—. ¿O tal vez sí?

Sin esperar mi respuesta, dio media vuelta y se internó en su dormitorio.

La seguí con los ojos brillantes y, finalmente, me tendí en el sofá.

Al día siguiente la vi en «bikini», y no sé lo que fue peor, si aquello, o como la había visto la noche anterior con aquella especie de mosquitera de transparente nylon.

CAPÍTULO VIII

Finalmente me dormí, para despertar cuando el sol estaba bastante alto. Miré el reloj: las once y media.

Di un salto, abandoné el sofá y fui a la ducha pensando en Cora.

Después de asearme convenientemente, cambié de traje y salí fuera. La bella doncella me sirvió el desayuno, en un comedor completamente solitario.

Hábilmente intenté sonsacarla, pero se dio cuenta, y no con menos habilidad me replicó, dándome a entender que fuera de sus atribuciones como doncella, la vida privada de los primos, poco o nada le importaba.

No insistí, sabiendo que nada más le sacaría, y continué con mi desayuno. Al terminar le pregunté por Cora.

Fue ella la que me dijo que la encontraría seguramente en la piscina, ya que había salido vestida para bañarse.

Me encaminé hacia allí sin tropezarme con nadie por el camino.

La piscina estaba rodeada de espesos matorrales de plantas y de varios árboles. Por eso nada tiene de extraño de que no me vieran desde allí, y de que yo tampoco les viera a ellos.

Tampoco hice nada por ahogar el ruido de mis pasos, pero a pesar de ello no me oyeran acercarme.

Sin embargo, hasta mis oídos llegaron las palabras sofocadas de Cora:

—¡Suéltame! ¡Suéltame te he dicho!

Ahora sí me detuve, para acto seguido avanzar cautelosamente.

Pude verlos sin que me vieran. Cora estaba en pie, vistiendo un dos piezas, con la hermosa y tersa piel reluciente al sol, más bella que nunca.

Jim Wilde estaba con ella y la tenía prendida por uno de sus

brazos.

—¿Por qué he de soltarte, Cora? —decía entonces—. Sabes que yo siempre te quise. Que siempre deseé hacerte mi esposa. Desde que éramos niños. Ahora... te casas con un maldito y sucio «pesquisa».

Tiró de ella. Cora se resistió, hasta que él la abarcó por la cintura atrayéndola contra su pecho. Sé que no pudo hacer nada para evitar el beso.

Algo me revolvió el estómago, pero no me moví. No deseaba hacerlo. Tenía que esperar el resultado final.

Por fin la soltó. Vi cómo jadeaba y Jim la miraba con sonrisa cínica.

Al cabo de unos minutos habló ella:

—No debiste hacer eso nunca, Jim. Nunca. Estoy casada, y, por otra parte, nunca te quise. No..., no debiste hacer...

La carcajada brutal de él la interrumpió.

Decididamente, Jim Whilde Carruters había perdido todo su continente aristocrático para convertirse en un rufián de baja estofa.

Avanzó un paso y me dispuse a intervenir. ¡Ni por pienso iba a dejar que la besara otra vez!

Pero no hizo falta. Cora dio un par de pasos atrás. De nuevo vi la agitación de su hermoso seno, y hasta mi llegaron claramente sus roncas palabras:

—No lo intentes de nuevo, Jim. No lo intentas o gritare. Gritaré hasta quedar ronca. Luego veremos cómo explicas tu comportamiento a mi marido.

Nuevamente Jim Morton rió hasta quedar sin aliento.

—¿Tu marido...? —dijo después—. Tu marido es una pura filfa, Cora. Puede que estés casada con él, pero no es tu verdadero marido. El ha venido aquí como guardaespaldas. Tienes miedo a morir también, y nada mejor que traerse contigo un fisgón de renombre —rió de nuevo—. No, no digas nada, porque sería mentira. ¿O es que crees que no me di cuenta, anoche, de las mantas que había en el sofá? ¿Eran para ti acaso, ricura?

El color rojo de las mejillas de Cora esfumóse como por encanto, y me di cuenta que palidecía.

Ahora decidí evitarle una respuesta y avancé pisando fuerte.

—Hola, Cora. Llevo un rato buscándote —dije simplemente sin

lanzar una sola mirada al dueño de la casa.

Vaciló unos segundos, con el semblante súbitamente coloreado. Acto seguido avanzó hacia mí, me tomó de las manos y me ofreció los labios.

La estreché contra mi pecho y la besé, hasta que ambos perdimos el aliento. Cuando nos separamos, Jim Morton se alejaba aprisa de la piscina.

Lentamente la tomé por los hombros y la miró de pies a cabeza. Enrojeció un poco, pero no se soltó de mis manos.

¡Diablos! ¡Qué hermosa era!

—Siéntate, Cora —dije—. Quiero hablar contigo.

Lo hizo y me senté a su lado sin dejar de mirarla. No podía sustraerme al encanto que emanaba de toda ella.

No me miraba. Mantenía los ojos fijos en las desnudas piernas, esperando.

Saqué el paquete de cigarrillos y le ofrecí uno. Sus ojos se mostraron esquivos cuando los fijó en mi rostro mientras lo encendía.

Aspiré unas cuantas largas bocanadas de humo y acto seguido pregunté:

—¿Qué es para ti tu primo Jim, Cora?

La pregunta debí de formularla de otra manera, pero aquélla me pareció lo mejor por el momento.

Ahora si me miró de frente, y en el brillo de sus ojos comprendí que también había comprendido.

—Lo has visto, ¿verdad? Has visto cómo me besaba, ¿no? —hizo una pausa en la cual no la interrumpí, y, finalmente, añadió—. No es la primera vez que me besa, Al. Pero ahora... ahora es muy diferente.

—¿Por qué?

—Verás, Al. Jim y yo... Bueno, hemos sostenido reacciones amorosas por espacio de un año. Después las rompimos definitivamente. Y ahora..., ahora soy una mujer casada.

Pasé por alto el final de su frase, ya que aquello no me decía nada, y pregunté:

—¿A qué fue debido el rompimiento, Cora?

Me miró fijamente, se miró las piernas, después los pies descalzos y contestó:

—Era un mujeriego. Le gustaban todas, ¿sabes? Me engañaba con cualquiera. Me enteré. Y rompí con él.

—Algo así como yo, ¿no?

Volvió a mirarme y sonrió.

—Sí —dijo lentamente—. Otro como tú, Al, pero diferente.

—¿Por qué diferente?

Rió, al parecer divertida.

—Es sencillo. Por lo menos, tú tienes el valor de confesarlo. Pero Jim no es así, sabe enmascarar muy bien sus pensamientos, sus ideas.

Fumamos en silencio unos cuantos minutos.

Finalmente solté la pregunta:

—Tú le conoces mejor que yo, Cora —empecé—. ¿Qué te parece Jim como presunto asesino de Linda?

Soltó un respingo y se puso en pie. Tuve que apartar la mirada de aquella hermosa y juvenil figura porque me di cuenta que mis pensamientos se embrollaban.

—¡Al! Pero..., pero eso es descabellado, además de horrible —replicó.

—¿Descabellado, por qué?

—Pero... ¿No comprendes? Jim no se beneficia en nada con la muerte de ninguno de nosotros. El, lo mismo que Linda...

No la escuchaba. Estaba pensando mientras ella seguía exponiendo una idea que también era la mía.

Jim Morton no se beneficiaba en nada. Ésa era la verdad.

Peter, Don o tal vez la misma Liz.

Absurdo y también descabellado.

¿Morton de nuevo? No, a no ser que...

Pero aquello era más descabellado aún.

Deseché la idea y me puse en pie. Cora me miraba atentamente. Cuando sus ojos tropezaron con los míos sonrió tenuemente.

—Apuesto lo que quieras a que no me has escuchado siquiera, Al —dijo—. Por lo tanto, voy a bañarme. Mientras lo hago, puedes seguir pensando en el asunto. ¡Pero de prisa, Al! ¡Es mi vida la que también está en juego! ¡La tuya por igual! ¿O no has pensado que si muero, ahora mi heredero serás tú como marido mío?

¡Cuernos! ¡En eso sí que no había pensado!

—Escucha, Cora —dije—. Tal y como están las cosas, poco

puedo hacer. Nada, como no sea esperar a que ocurra, algo. Tal vez entonces ese asesino se descubra o cometa un error que me lleve a dar con él.

—¡Al! ¡Pero eso es horroroso!

—Todo lo que tú quieras, ricura, pero es la verdad.

Me miró intensamente.

—Voy a darme un baño, querido —dijo.

Dio media vuelta. No sé por que demonio me impulsó a ello, pero di un paso al frente y la prendí por un brazo y el talle.

Se volvió, y entonces la besé. Lo mismo que antes. Con la misma intensidad que cuando Jim Morton estaba presente.

Me lo devolvió llena de fuego, y luego se separó de mí violentamente. Alentando.

—¡Al! No... no está bien. No debes hacerlo... Eso... eso no fue lo tratado.

Dio un paso atrás, y se dejó caer dentro de la piscina. Por espacio de un largo minuto dejé de verla, hasta que luego apareció en la superficie muy cerca de la orilla.

Me guiñó cuando me tiró un beso con la punta de los dedos y luego desapareció bajo las aguas como una hermosa y juvenil sirena.

¡Al diablo con ella! ¡Cualquiera entiende a las mujeres cuando tienen dieciocho años!

O cuando tienen más, que es la pura y completa verdad.

Un cuarto de hora después salió del agua. La ayudé a ponerse el albornoz y, prendiéndola por el brazo, la llevé hacia la casa.

Antes de llegar, el batintín, llamándonos para la comida, interrumpió nuestros pensamientos.

Fue junto a los escalones de mármol, cuando Cora habló por primera vez desde que saliera del agua.

—Si una estuviera segura...

Dejó la frase sin terminar y siguió andando. Pregunté:

—¿Segura de qué preciosa?

Ladeó su linda cabecita para mirarme y replicó:

—Perdona, Al, querido. Pero estaba pensando.

Entramos en silencio.

La comida transcurrió poco más o menos como la cena de la noche anterior, mientras que Peter Whilde seguía bebiendo como

un cerdo.

Después había que hacer algo, y lo hicimos. Pasamos el resto de la tarde, sin acordarnos para nada de la pobre Linda, jugando y bailando.

Liz era una bailarina excepcional, y a mí tampoco se me da del todo mal. Por tanto, más de una vez formamos pareja los dos.

Ahora, y cuando ya las primeras sombras de la noche caían sobre la tierra, llevándola enlazada contra mí, un poco más de lo correcto, ella rozó mi oído con sus labios de coral.

—Quiero, necesito hablar contigo, Al —me tuteó—. Esta misma noche.

Recordé que hacía un montón de horas había expresado lo mismo.

—¿Cuándo, ricura? —pregunté en el mismo tono.

CAPÍTULO IX

Lentamente apartó su cabeza de mi hombro, y su hermoso y hechicero cuerpo del mío. Me miró con los ojos brillantes.

—Esta misma noche, querido. Cuando acabemos de comer procuraré escabullirme hacia el jardín. ¿Recuerdas el pabellón que hay a la entrada de la finca? Pues allí. Te estaré esperando.

Lo recordaba. Lo había visto al entrar. Dije que sí justo en el momento en que la pieza terminaba.

Don, siempre silencioso, cambió la placa del tocadiscos. Puso un «blue». Iba a enlazar de nuevo a Liz por la cintura, cuando Cora dijo a mi espalda:

—¿No crees que debes invitarme a bailar de nuevo, Al? Jim me ha pedido, Peter también, pero les he dicho que prefería bailar con mi marido. Después de todo, soy una recién casada, ¿no?

Estuve a punto de mandarla al diablo.

Sabiendo que no me obedecería, callé, la tomé por el talle y empezamos a bailar. Un par de vueltas con ella, que me rozaba la cara con sus labios, y vi a Liz bailando con Jim.

Pero los ojos de éste no se apartaban de la deliciosa y provocativa figura de mi mujer. Sentí deseos de soltarla y abofetearle a él.

Pero hice lo único que cabía, seguir bailando, mientras pensaba en robarle un beso por sorpresa.

Se lo di a la quinta vuelta y me lo devolvió. Tranquila, de manera sosegada.

El «blue» terminaba y nos separamos para cenar. Iba a empezar la segunda noche en aquella casa. ¿Qué nos traería?

¿Qué me traería en particular a mí? Y Liz, ¿qué buscaba? ¿Era tan importante lo que deseaba decirme, o tal vez era un nuevo

capricho como cuando vi a Jim enlazándola por la cintura la noche anterior?

¿Coqueta, o verdaderamente estaba asustada?

Cenamos en silencio, mirándonos a hurtadillas, temerosos. Peter seguía bebiendo a más y mejor. Liz me miraba de vez en vez. Cora y sus dieciocho años nos miraban a ambos. ¿Habría adivinado algo?

Jim tenía el rostro tenso. Me miraba y miraba a Cora. Pero nadie decía nada. Tampoco hice lo más mínimo por romper el silencio.

Peter fue el primero en levantarse e ir hacia la puerta. Desde allí nos miró a todos. Ninguno nos dimos cuenta de ello hasta que empezó a reír. Entonces nos volvimos a mirarle.

Tenía las mejillas enrojecidas por el alcohol, y sus ojos, con estrías de sangre, ojos en mi humilde persona.

Me señaló con el dedo y rió aún más fuerte.

—Usted, pesquisa —dijo con voz estropajosa—. Tenga cuidado esta noche. Tenga cuidado y vigile al bombón de mi primita Cora. Uno de los dos puede morir. Si es ella, se verá en un lío con la policía. No olvide que la hereda.

Me puse en pie, pero Jim Morton me sujetó del brazo. Oí su voz silbante casi junto a mi oído:

—¡Lárgate a dormir la borrachera, Peter! Estás molestando con tus imbecilidades.

El borracho lanzó una risotada.

—Tal vez te alegrarías tú de ello, ¿no, Jim? Siempre has estado por los huesos de prima Cora. ¿No es verdad? Anda, ¿por qué no le cuentas a Murdock las relaciones que has tenido con ella?

Sin dar tiempo a que ninguno replicáramos, dio media vuelta y desapareció de nuestra vista. Pero sus palabras habían dejado una extraña tensión en el ambiente.

Miré a Cora.

Estaba en pie, mirándome a su vez.

—Me voy a dormir, querido —dijo.

Se alejó sin más, y desapareció detrás de su primo Peter mientras Liz, sin decir palabra, hacía lo mismo.

Desde donde estaba la vi subir por la escalera que conducía al piso superior, pero sabía que no iría a sus habitaciones. Sabía que si lo hacía, después saldría para ir a reunirse conmigo.

Miré a Don, que permanecía silencioso como siempre, fumando

un cigarrillo turco. Tenía los ojos fijos en el rostro de Jimmy. Me volví a mirar a este último, que estaba mirándome también.

Durante unos cuantos segundos ninguno de los dos dijo nada. Finalmente, él rompió el silencio.

—Supongo que no irá a creer nada de lo que ha dicho ese borrachín de Peter, ¿verdad?

Sonreí fríamente.

—Ahora que lo dice —repliqué—, ¿por qué no he de creerle? Si mal no recuerdo, esta mañana, en la piscina, se permitió besarla, mientras hacía comentarios sobre nuestro matrimonio, ¿verdad? —Hice una pausa y en vista de que nada decía, añadí—: No lo haga de nuevo, mister Morton. No lo haga, no lo intente, o no tendré más remedio que romperle la boca. Me será muy fácil hacerlo. No lo olvide.

Fui a dar media vuelta, pero Morton, con el rostro encendido en una mueca de cólera, dio un paso al frente y disparó el puño derecho.

Dije antes que soy un tío bastante listo, Es verdad, aunque repitiéndolo una vez más,iqué de inmodesto.

Adiviné lo que iba a hacer desde que empecé a hablar. Por tanto, bloqueé su puño con mi brazo izquierdo y le aticé con la derecha bajo el mentón.

El aristocrático propietario de la quinta de los Carruters o como diablos se llame esta endiablada familia, levantó los pies del suelo, y fue a estrellarse contra una silla que se hizo astillas bajo su peso.

Casi en el acto se puso de rodillas y llevó la mano bajo la axila. Cuando levantó los ojos, se tropezó con el cañón de mi «Luger» que le estaba apuntando en el centro del pecho.

Masqué las palabras al decir:

—Será mejor que guarde las formas, Morton. Hágalo o le meteré una bala donde le duela.

Lentamente abandonó su ademán agresivo y se puso en pie. Se frotó la mandíbula sin dejar de mirarme.

—Será mejor que se largue de esta casa, mister Murdock —masculló—. Pondré un automóvil a su disposición.

Me reí.

—Al parecer, olvida que soy un miembro más de esta distinguida familia, Morton, y que durante seis meses al menos,

nadie me puede echar de aquí. Como muy bien dijo Peter, aun en el caso de que mi mujer muriera.

Di media vuelta y abandoné el comedor, seguido por la silenciosa y socarrona mirada de Don, y por la colérica e impotente de Morton.

Recto al pabellón donde me indicara Liz.

Donde me esperaba la bella y hermosa Liz.

Estaba allí. Sentada en un banco de mármol, bajo unas matas de salvia, con las hermosas piernas cruzadas una encima de la otra.

Vi sus perfectas rodillas y las puntillas negras de sus encajes. Me acerqué, viendo al punto su sonrisa y cómo me alargaba la mano.

—Siéntese a mi lado, Al —dijo tomándomela—. Pero antes dame un beso.

Me desconcertó, pero fue un segundo. Después obedecí.

—¡Oh, Al! —Fue lo primero que dijo cuando recobró el resuello—. Creo que voy a tener que convencer a Cora para que se divorcie de ti.

La atajé:

—¿Es para eso por lo que me has citado aquí, Liz? —pregunté.

Su rostro se nubló en un segundo.

—No, Al, aunque podría decir que sí. Son pocos los hombres agradables que hay en la casa. Es que tengo miedo —y agregó, en una brusca transición—: Anoche, luego de que se te disparó la pistola, alguien anduvo con la puerta de mi habitación. Pregunté, y oí cómo en el acto los pasos se alejaban.

Se retorció las manos nerviosamente.

—¿A qué hora fue eso?

—Creo... creo que una hora después que Jim me hubo dejado en la puerta de mi dormitorio.

—¿Estás segura?

—Sí, Al Tengo miedo. Sé que me matarán.

No me reí. Algo siniestro flotaba en torno a aquella extraña familia. Pregunté ahora dando un giro a la conversación:

—Cuéntame algo de tus primos, ¿quieres?

—¿Qué deseas saber?

—Todo lo que sepas. Pero en líneas generales, ¿entiendes?

Asintió con la cabeza.

—Dame un cigarrillo —dijo. Cabalgó una pierna sobre la otra,

fumó en silencio unos cuantos minutos y por fin empezó—: Verás, Al... Todos nosotros nos odiamos. Somos ambiciosos, entre otras cosas. Escucha. Ninguno de nuestros padres supo captarse la simpatía del viejo Carruters mientras éste vivió. Por tanto, hemos pasado estrecheces. Sé, estoy segura, que para todos nosotros ha sido una sorpresa este testamento.

—¿Qué me dices de Peter? —atajé.

—Tú mismo lo has visto. Es un borracho indecente. Un ambicioso también. Si pudiera se quedaría con todo. ¡También lo haría yo si se presentara la ocasión!

—¿Le crees capaz de matar?

—¡Sí! Sé..., sé que toma, drogas. Un individuo así es capaz de todo.

También lo creía yo, pero no lo dije.

—¿Y Don?

—Se las da de imbécil, pero yo no me fiaría, Al. Está siempre silencioso. Retraído. ¿Quién es capaz de averiguar lo que piensa una cabeza como la suya? Sí Al, le creo capaz de matar, igual que todos nosotros. Yo también mataría si en mí no fuera más fuerte el miedo que tengo a las consecuencias.

La miré, dándome cuenta de que no mentía. ¡Extraña mescolanza la de aquélla sin igual familia!

—¿Y Jim Morton?

Enseñó los dientes en una dura sonrisa.

—Es el peor de todos, Al —replicó sin vacilar—. Ha recorrido casi las cinco partes del mundo. De jugador de ventaja, tramoyista, polizón... En fin, de todo lo malo habido y por haber. Ha hecho de todo lo peor —hizo una larga pausa y añadió—: Anoche me pidió que me casara con él.

La miré largamente y repliqué:

—Sí, me doy cuenta de que eres una tentadora mujer. Y anoche lo estabas aún más.

Rió quedamente, pero en su risa no había alegría alguna.

—¿Te refieres a que no llevaba nada bajo la bata? Me sorprendió el disparo, dándome un susto de muerte. Luego, Jim me llevó hasta mi habitación, tomándome por la cintura. Allí... Bueno, me besó, ¿sabes? Luego me pidió que me casara con él.

—¿Aceptaste?

—¡Diablos, no! Sé lo que busca. Quedarse con todo por mediación mía o de Cora. Primero fue ella, y ahora está casada contigo. Una parte de la herencia que se le escapa por ahí. En vista de eso, me hace el amor a mí. Ten mucho cuidado con él, Jim.

Se puso en pie y la imité. Unos segundos después tenía sus manos sobre mis hombros...

—Al... —empezó.

De pronto advertimos que Cora estaba allí, en el pabellón, detrás de nosotros, con los ojos brillantes y una indefinible sonrisa en la boca.

—Como exhibición no está mal, Liz —dijo, siempre sonriendo—. Pero no te equivoques, querida. Al es mi marido. Tú... Mira, Liz, sigue con Jim. Será mejor.

La otra se encrepó:

—¿Qué quieres decir?

—Nada que no sepas, querida. Tú, durante mis relaciones con él, fuiste una de las que más le persiguió. Ahora intentas meterte entre Al y yo, pero no lo conseguirás. Al es mi marido.

Liz echó la cabeza atrás y su morena y tersa garganta brilló a la luz de la luna. Estuvo riendo durante un par de minutos y, luego, mirando a Cora, replicó:

—¿Qué marido ni qué niño muerto, Cora? Vi anoche las mantas en el sofá. Por tanto, he atado cabos. Mi comportamiento, pues, no tiene nada de particular. Al Murdock está aquí contratado por ti para que te defienda. Me gusta, e intento atraerlo a mi bando. ¿Está claro, primita?

Cora se mordió los labios y su rostro enrojeció vivamente.

La saqué del atolladero con lo único que podía hacer por el momento, que fue tomarla por un brazo y tirar de ella.

Liz quedó allí viéndonos marchar, con una mueca indefinible en su hermoso semblante.

En la intimidad de nuestro apartamento, ambos nos miramos sin decir palabra.

Repentinamente pasé por el lado de ella y empecé a buscar algo de beber. Mientras llenaba el vaso de *whisky*, sentí en mi nuca los ojos negros de ella, asaeteándome con ellos.

Me volví lentamente.

Alargó la mano, avanzando hacia mí con los ojos brillantes.

Lo tomó y se lo llevó a la boca sin perderme de vista. Después de beber preguntó a boca de jarro:

—¿Te has enamorado alguna vez, Al?

Me encogí de hombros sin comprenderla.

—Quiero decir así, de sopetón. En el primer momento —añadió en vista de que yo no decía nada—. Porque yo, Al... ¡Oh, Al, querido! Creo que he estado descuidando mis deberes de esposa para contigo.

Vino a mí echándome sus morenos y bien torneados brazos al cuello.

Enlazándola por la cintura, la besé.

Ninguno de nosotros se dio cuenta de que el vaso de *whisky* que ella tenía en la mano, primero se derramaba sobre mi espalda, y luego caía al suelo, estrellándose en él.

No creo que nos diéramos cuenta de nada más, ya que el tiempo dejó de contar para los dos.

CAPÍTULO X

No recuerdo bien lo que en el primer momento me hizo saltar de la cama hasta en medio de la habitación, empuñando la «Luger», que había depositado bajo la almohada antes de acostarme.

Detrás de mí sentí rebullirse a Cora.

—¡Quieta! —susurré—. No te muevas. No digas nada.

Se inmovilizó conteniendo la respiración. Presté oído. No me había equivocado. Unos pasos, un tanto apresurados, pero cautelosos, pasaron junto a la puerta y se perdieron pasillo adelante.

Me vestí en un santiamén y salí completamente descalzo. Detrás de mí oí el respirar descompasado de Cora.

—No salgas para nada —advertí desde la puerta.

El pasillo estaba iluminado, pero completamente desierto. Seguí por él. Todas las puertas se hallaban cerradas y la casa en el más completo silencio.

Bajé a la planta baja. El *hall* también estaba iluminado, pero todos los departamentos anexos a él se encontraban vacíos, silenciosos.

Sin embargo, yo estaba seguro de que no había sufrido alucinación alguna. Alguien había salido de su habitación aquella noche. Nada tenía de particular en otras circunstancias, pero en aquéllas, aquello me resultaba sumamente desagradable.

Sin guardar la automática empecé a subir la escalera. Repentinamente me detuve. ¿Por qué no había podido salir fuera de la quinta?

Aún hoy, no llego a explicarme cómo se me ocurrió aquel pensamiento, ni qué diablos me impulsó a hacer lo que hice a continuación, que fue desandar lo andado para, acto seguido,

internarme en el jardín.

Triste, mustio, vacío, siniestro a aquella hora de la madrugada.
Empecé a buscar sin saber qué.

Finalmente, mis pasos me llevaron al pabellón donde había estado con Cora y Liz. Lo registré.

Allí no había nada. Pero más allá, en el caminito que se internaba por entre los arbustos y los árboles, para, después de un rodeo, ir rectamente a la casa, la encontré.

Liz se hallaba allí, y ya no me besaría más. A nadie besaría más.

Estaba muerta. Pude apreciarlo cuando me incliné sobre ella. Como a Linda, también la habían golpeado en la nuca con un objeto contundente. Pero allí el asesino se había comportado como un sádico.

No la había estrangulado con una de mis corbatas ni mucho menos, pero le había quitado una de las medias, y con ella había completado su macabra tarea.

Sentí ganas de devolver y miré a otro lado. Luego me puse en pie y avancé por el sendero en dirección a la casa.

No sé cuántos pasos di hacia adelante. Repentinamente un fogonazo surgió de mi izquierda. Sentí el doloroso roce de la bala en mi cabeza y me arrojé al suelo todo lo largo que era.

No sé cuántas vueltas di hasta conseguir buscar un medio refugio entre los matorrales. Cuando lo conseguí, levanté un poco la cabeza intentando encarar la «Luger» al lugar donde me pareció que surgió el fogonazo, aunque no la detonación.

Una nueva bala y ahora viniendo de unas cuantas yardas a mi derecha, chascó contra el tronco del árbol que había a mi espalda.

Disparé sin ton ni son un par de veces, y cambié de posición. No sucedió nada.

No sucedió por espacio de algunos minutos, en los cuales me pregunté más de cien veces si el asesino seguía allí o se había marchado.

Se iba. Repentinamente oí sus pasos, me puse en pie y corrí hacia la casa.

Vagamente distinguí su silueta cuando entré. Disparé. Vi cómo se volvía y acto seguido el fogonazo que surgió de su mano derecha. Algo chocó brutalmente contra mi cabeza, y me vine al suelo como un saco.

Al menos esto es lo que supongo, ya que perdí la conciencia de todo lo demás.

Cuando los abrí, todos me rodeaban. Cora, con su cara pálida como una muerta. Al parecer, aquella estúpida, con sus dieciocho años esplendorosos, magníficos y detonantes, no había mentido al decir que estaba enamorada de mí. Así, de sopetón. Como en una película.

Como en una novela cursi.

Arrodillada junto a mí, mirándome con sus grandes ojos dilatados por el espanto.

Morton, en pie, frío, tranquilo e indiferente. Don conservando aquel aire estúpido que le caracterizaba, y por último, Peter, con los ojos brillantes, acusando la borrachera de la noche.

Intenté ponerme en pie y Cora me pasó el brazo por la cintura, ayudándome en el más completo silencio.

Estuvimos a punto de caer los dos; pero Don, siempre silencioso, nos echó una mano. Entonces repare que tenía la cabeza vendada, y sin saber por que. Supe que había sido ella la que me había curado la rozadura de aquella bala que estuvo en un tris de lanzarme los sesos por los aires.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién disparó contra usted?

Las preguntas las formuló Don, y volví el rostro hacia él. Pero la respuesta surgió de la boca de Peter y con otra pregunta:

—¿Dónde está Liz? Todos hemos oído esos disparos. ¿No es extraño que ella no esté aquí?

Les miré uno a uno, mientras ellos se miraban entre sí.

—Será mejor que vengan conmigo a la biblioteca —dije secamente. Todo lo secamente que pude debido a mi estado—. Voy a llamar a la policía.

En menos de un segundo me acribillaron a preguntas. La única que se mantuvo en silencio, amorosamente cogida a mi brazo, fue aquel bombón que el destino había puesto en mi camino.

Le agradecí su silencio y repliqué a los demás:

—He dicho que en la biblioteca.

Tiré de Cora, y tambaleándome a cada paso, sintiendo que la cabeza me quería estallar en mil pedazos, llegamos a la biblioteca.

Cora me obligó a sentarme. Lo hizo ella a mi lado, y yo encaré a Jim.

—Liz no vendrá. La asesinaron detrás del pabellón. Esta tirada en medio del caramillo, con una de sus medias apretada en torno a su cuello. Estrangulada, Alguien, alguno de nosotros, lo hizo —expliqué a continuación los pasos que había oído y terminé—: El que pasó por el lado de la puerta de nuestro dormitorio, no era el asesino, aunque sospecho que mucho antes que yo vio a la muerta y vino corriendo. ¿Quién fue?

Los otros hombres se miraron, pero ninguno respondió.

Entonces me puse en pie y, vacilando, me acerqué al teléfono. Iba a discar, cuando Don me interrumpió:

—¿Va a llamar a la policía?

Le miré largamente, sin cordialidad, a punto de explotar.

—¿Qué quiere que haga? —repliqué brutalmente—. ¿Dejar el fiambre de Liz en el jardín por los siglos de los siglos? Por otra parte, tampoco deseo que nadie me vuelva a tomar por blanco, con más fortuna que hasta ahora —les miré duramente—. Uno de vosotros tres lo hizo. Espero que la Brigada de Homicidios averigüe quién.

Sin esperar respuesta de nadie disqué un número. Era el único que deseaba discar, pero no encontré al sargento Hale.

No obstante, expliqué lo ocurrido, di las señas donde me encontraba, e hice hincapié sobre su posible conexión con el asesinato de Linda, ocurrido en mi propio apartamento.

Después colgué. Sabía con absoluta seguridad que el sargento Hale se presentaría antes de que las primeras luces del nuevo día desvanecieran las sombras que envolvían al jardín.

Tal vez las que nos envolvían a nosotros también.

Peter fue el que primero disparó una pregunta:

—¿Tenemos que permanecer en la biblioteca o podemos ir a nuestras habitaciones?

—Pueden ir adonde quieran, siempre y cuando no abandonen la quinta.

Mirándoles ceñudo, hice un gesto a Cora, que se levantó para tomarme por el brazo.

En nuestras habitaciones, me dejé caer en el sofá y ella me pasó cariñosamente la mano por el cuello.

—Al, querido... he pasado mucho miedo.

Procuré sonreír y nos besamos.

Después; mucho después, cuando me hubo curado bien la cabeza, espeté:

—Voy a coger el «Mercury», ricura —dije—. Me largo a Chicago.

La tuve entre mis brazos en un santiamén. Me tomó por las solapas.

—No, Al. ¡No me dejes sola! Iré contigo.

La separé de mí. Tenía las manos completamente heladas y en sus pupilas se reflejaba el miedo.

—Está bien —dije sabiendo que no había mal en ello—. Vendrás conmigo.

El premio fue una sonrisa y un beso como no me lo había dado nunca.

En unos segundos estuvo dispuesta, y salimos.

Yo delante, y por delante de mí, el cañón de la «Luger». No deseaba, que me balearan desde una de aquellas habitaciones.

Llevando una idea en la mente. La única. La verdadera. Ahora sabía quién era el asesino. Tan seguro como los motivos que tenía para asesinar. Tan seguro como sabía que intentaría matarme a mí, a la menor oportunidad.

Una oportunidad que yo no esperaba darle.

En el pasillo la tomé del brazo, y ambos, como dos fugitivos, con miedo, y la verdad es que lo teníamos, ¡diablos!, avanzamos de puntillas. Luego la escalera y después el oscuro *hall*.

En la puerta de la calle, ya camino del pequeño garaje de la quinta, Cora se volvió a mirarme.

—Oirán el automóvil, Al —dijo.

—No importa, querida —se apretó contra mi cuando le di ese apelativo cariñoso—, aunque no lo creo —repliqué—. Tu «Mercury» es del último modelo, y por tanto silencioso.

Con los faros apagados, conduciendo ella, alcanzamos la verja de hierro. Magistralmente Cora, y en el mas completo silencio, siguió conduciendo hacia el centro de Chicago.

Pensativa.

¿En qué?

No lo sabía. Lo mismo podía ser en su flamante marido, que era yo, como en el caso que nos ocupaba.

No le pregunté tampoco. No abrí la boca hasta que vi el letrero luminoso de un hotel. Entonces hizo un gesto.

—Arrima el coche al bordillo, ricura —dije.

Ella, adivinando, lo hizo así y detuvo el «Mercury» frente a la puerta del mismo.

Separó las manos del volante y volvió hacia mí su hermosísimo rostro. Una sonrisa indefinible curvó por unos instantes su boca.

—Quieres que me quede en este hotel, ¿verdad? Que te espere aquí, ¿no? Entretanto tú vas a ver a Silvia. ¿O me equivoco?

No se equivocaba y admiré su aguda intuición.

—Sí, Voy a verla. Tengo que hablar con ella.

Me miró y, ante mi asombro, sonrió de nuevo.

—Cuídate y vuelve pronto, Al —dijo sencillamente mientras abría la portezuela para descender—. Espero que no me defraudes, querido.

Mentalmente me prometí no hacerlo mientras replicaba:

—¡Eh! ¿Son ésas las formas que tienen las recién casadas de separarse de sus maridos?

Se volvió a mirarme, sonrió, se inclinó sobre mí y me besó.

No arranqué hasta que no la vi entrar en el hotel.

CAPÍTULO XI

Eran las tres y treinta de la madrugada cuando alcancé la casa donde vivía Silvia.

Me serví del llavín para abrir la puerta que daba a la escalera, pero al llegar a la de su apartamento pulsé el timbre una y otra vez, hasta que conseguí despertarla.

A través de la puerta oí su voz preguntando.

—Soy yo, Al. Abre, Silvia, es urgente.

Abrió mirándome la cabeza con gesto crítico.

—¿De nuevo en apuros, Al? Anda, pasa. No te quedes ahí.

Pasé, y fui detrás de ella hasta el *living*. Me hizo un gesto para que me sentara y preparó bebidas. Luego lo hizo ella frente a mí. Ninguno de los dos nos besamos. Las cosas eran ahora bien diferentes por cierto.

Señalando mi vendada cabeza, preguntó:

—¿Te dio con un zapato tu flamante mujercita, Al?

—¡Y un cuerno! —repliqué, para, acto seguido, explicárselo todo. Terminé diciendo—: Necesito de ti, Silvia. Deseo un favor. Sé, estoy seguro de saber quién es el asesino, y los motivos que ha perseguido y que aún persigue. Retorcidos como su sucia alma, pero efectivos.

—Ahora no soy tu secretaria, querido —dijo.

—¡Silvia!

Hizo un delicioso mohín con la boca.

—Está bien, Al. Te ayudaré. ¿Quién es el asesino y qué quieres de mí?

Le dije ambas cosas, porque para lo que yo quería, ella tenía que saberlo. Al punto dio un respingo y se puso en pie.

—Es lo más descabellado que he oído en mi vida, Al —exclamó

—. Creo que estás loco, querido. Oye, ¿no te habrá dado en mal sitio eso zapatazo?

Como cosa lógica, se refería a la herida de mi cabeza, Pasé por alto la respuesta que iba a dar y dije:

—Escúchame, ricura: A mi modo de ver, las cosas han ocurrido así...

Seguí explicándome, y cuando acabé, ella ya no me llamó loco. Se limitó, eso sí, a mirarme largamente. Después preguntó:

—Bien, Al, ¿dónde entro yo ahora?

Se lo dije y esperé a que me replicara. No tardó en hacerlo.

—Te ayudaré. Al. No será fácil, pero lo intentaré.

Me puse en pie.

—Eres una buena chica, Silvia —dije.

—Pero te has casado con otra, ladrón —me espetó sonriendo.

Sin replicar, porque no había nada que decir, apunté en un trozo de papel el número del teléfono de la quinta de los Carruters o cómo diablos se quisieran llamar, y fui hasta la puerta.

Me acompañó, abriéndola y apartándose a un lado para dejarme pasar.

—Un beso, Al —dijo ante mi sorpresa—. Dame un beso, pero como los de siempre.

Comprendí que era una despedida y obedecí.

Creo que quedó satisfecha.

De nuevo con el volante entre las manos, pensé en Cora. ¿Ir a despertarla al hotel? Me dije que no. Por último, estaba seguro de que a partir de aquel momento los acontecimientos se iban a precipitar en la quinta.

Era mejor tenerla alejada durante aquellas horas.

Se iban a precipitar, desde luego. Pero yo no sabía hasta qué punto, y confieso que el primer golpe me cogió completamente desprevenido.

Amanecía cuando llegué a la quinta.

Al llegar a los escalones del porche vi el automóvil de la policía. El sargento Hale seguía en la quinta, Aquello me tomó de sorpresa. Desde que yo le había telefoneado hasta el momento presente, habían transcurrido unas cuantas horas. Por tanto, el cadáver de la pobre Liz ya se lo habrían llevado a Chicago.

¿Qué esperaba el sargento Hale? ¿Acaso quedarse en la quinta

en espera de descubrir al misterioso asesino?

Aparqué el «Mercury» junto al «Ford» policíaco y empecé a subir los escalones.

No di muchos pasos después, ya que casi en el acto, el sargento Hale y dos agentes más, de uniforme, hicieron su aparición en la puerta.

Hale quedó detrás, mientras los otros dos, con gesto ceñudo, avanzaron hacia mí.

Les miré sin comprender, y mientras hacía cabalas, Hale habló a sus hombres:

—Esperad un momento, muchachos —dijo—. Antes quiero hablar con él.

Se adelantó y me puso una mano sobre el hombro.

—Francamente no esperaba verle por aquí, pesquisa —fue su primer saludo, mientras miraba por encima de mi hombro en dirección al «Mercury»—. Vamos a la biblioteca, ¿quiere?

Me encogí de hombros y empecé a caminar a su lado. Seguía sin comprender.

—¡Siéntese, Murdock!

Ésas fueron sus primeras palabras apenas entramos en ella. Escogí el sillón que me pareció más cómodo, encendí un cigarrillo y le miré. Hale se había sentado sobre el pico de la mesa, y balanceaba una pierna de un lado para otro, en ademán harto nervioso.

Seguí mirándole. Preguntándome a qué se debía su gesto ceñudo, y que a ambos lados de la puerta hubieran quedado los dos policías de uniforme. No tuve tiempo de contestarme a la pregunta, al menos de un modo satisfactorio.

Hale empezó a hablar en aquel mismo momento:

—¿A qué hora se marchó de aquí, Murdock?

Había veneno en su pregunta, y yo seguía preguntándome por qué.

—Me marché, ¿cuándo, sargento?

Hizo la mueca que le era peculiar y replicó:

—Anoche. Para ser más exacto, esta madrugada, pesquisa. Haga memoria porque está en un apuró, ¿sabe?

Fruncí el ceño.

—¿Qué clase de apuro, polizonte?

La pierna de Hale se balanceó más aprisa.

—El que hace las preguntas soy yo, fisgón —dijo—. A usted sólo le toca contestarlas.

—¿Sin saber por qué?

—¡Basta de una vez, Murdock! ¡Conteste o le detengo ahora mismo!

Vacilé unos segundos.

—No miré el reloj, sargento. Pero creo que fue unos veinte minutos después de dar cuenta al Precinto del asesinato de Liz.

—¿Descubrió usted el cadáver?

—Sí. Así lo hice constar.

—Bien, dejemos eso por ahora. Según su declaración, Murdock, usted abandonó la quinta sobre las dos de la madrugada. ¿Iba completamente solo?

La pregunta me puso aún más alerta. ¿Qué hacer? ¿Mentir? ¿Decir la verdad?

Opté por lo último. No había mal alguno en ello.

—Me acompañaba Cora...

—¿Qué hizo con ella, pesquisa? ¿Dónde está?

Me puse en pie con violencia. Tiré el cigarrillo al suelo y repliqué fríamente:

—No sé qué es lo que intenta, sargento, pero estoy seguro de una cosa; que no pienso contestar a ninguna de sus preguntas, a menos que me diga el motivo que tiene para hacerlas. ¿Está claro?

Rió haciendo una mueca sarcástica.

—¡Claro que, sí, querido! —replicó luego—. La cosa es clara. Usted, inmediatamente después de descubrir el cadáver de ésa... Liz o como se llame, abandona la quinta en compañía de una muchacha, menor de edad, que ahora es su esposa. Esto es otra cosa sumamente extraña que ya tocaré después. Se marcha con ella, como digo, dejando en el *hall* el cadáver de Don Gruber. Estrangulado con una corbata. Lo mismo que aquella chica de su apartamento. ¿Comprende, pesquisa? Sólo que esta vez no era una de sus corbatas, sino la del propio asesinado.

Calló y nos miramos a los ojos. Poco a poco una idea empezó a germinar en mi cerebro, obtuso en aquellos momentos.

Cuando acabé de digerirla, pregunté:

—¿Me está acusando a mí de haberlo hecho, teniente?

Hale abandonó el pico de la mesa y me enfrentó:

—Sí, Murdock —replicó secamente—. Le acuso a usted formalmente.

—Eso es absurdo, sargento —dije sin descomponerme.

—¿Usted lo cree así, fisgón? Pues yo no. Fíjese bien: Una mujer va a su apartamento después de ir a su despacho. Su secretaria le da la llave y ella abre y le espera. Después le cuenta lo de este estrambótico testamento. Usted la conoce a ella. Conoce también a su prima Cora. Es usted un mujeriego y eso no tiene nada de extraordinario. Bien, al corriente de todo, esboza un plan que le parece factible, y la mata.

—¿Olvida mi coartada, sargento?

—No olvido nada, Murdock. El forense dictaminó la hora de su muerte con alguna precisión. A usted no le faltaron cinco simples minutos para poder hacerlo. Hay un lapso de tiempo de un cuarto de hora en el cual abandonó los brazos de esa cantante del «Portland». Mona St. Román afirmó que usted la abandonó durante un cuarto de hora. Con un buen automóvil, desde el «Portland» hasta su apartamento apenas si hay cinco minutos de camino.

—¿No lo vio antes, sargento?

—Sí. Pero creímos conveniente pasarlo por alto. Pero ahora, después de lo ocurrido, las cosas vuelven a estar en...

—De acuerdo. Siga con su historia. Según creo, la dejó usted cuando daba por sentado mi problemático conocimiento anterior con Cora, ¿no? —atajé fríamente.

—Sí, eso era. Sigue con el plan, la conquista o se pone de acuerdo con ella y vienen aquí. La primera noche de su llegada no ocurre nada. La segunda asesinan a Liz Carruters, con lo que la herencia engrosa de manera alarmante para los que quedan vivos. Luego, sin que nadie sepa, en un principio, ni por qué, se larga a Chicago. Pero se da el caso, Murdock, que el forense también ha especificado con exactitud la muerte de Don Gruber. Gruber murió entre la una y media y las dos y media de la madrugada. Sabemos, por las declaraciones de Jimmy Morton y las de Peter Whilde, que Gruber estuvo vivo poco antes de las dos, ya que estuvieron todos juntos en la biblioteca recién descubierto el cadáver de Liz. Usted o ella, y al decir ella me refiero a su mujer, lo hicieron. Más bien creo que lo hizo ella, y usted, por el bocado que le pertenece, la está

encubriendo. ¿Por qué no lo suelta de una vez, y nos ahorrará molestias, Murdock?

Me toqué mi cabeza vendada y lancé a Hale una mirada socarrona:

—Y esto, ¿me lo hice yo? ¿He venido de Chicago a ponerme como un imbécil en manos de la policía teniendo tan cerca el lago? ¿O acaso no sabe que en esta casa hay por lo menos dos buenas lanchas motoras?

Me atajó con un gesto.

—Confieso que eso me desconcertó en el primer momento, Murdock. Hasta que caí en la cuenta de que era, por su parte, un rasgo de audacia sin igual, simplemente puesto en juego con el solo objeto de alejar sospechas. Usted mató a Linda en su apartamento, y después, aquí, su chica hizo lo demás. Confiese de una vez que ambos estaban de acuerdo, Murdock.

—Sigue pareciéndome tan idiota como el día en que le conocí, sargento —dije.

Pasó por alto el insulto y encaró a sus hombres. Mirándoles, me pregunté:

—¿Confiesa, Murdock? Será mejor para usted. Una confesión voluntaria le evitará la cámara de gas.

—¿Espera que declare contra ella?

Se volvió para mirarme.

—No sería válida, Murdock. Pero sí espero detenerla también y someterles a un careo, si los interrogatorios por separado no dan resultado —se volvió hacia sus hombres—: ¡Llevároslo! —dijo.

Avanzaron hacia mí y tendí las muñecas para facilitarles el camino.

En aquel momento hizo irrupción en la biblioteca mi incomparable esposa.

¡Y yo que la había dejado en un hotel de Chicago! ¡Cualquiera entiende a las mujeres! ¡Cualquiera se fía de ellas!

CAPÍTULO XII

Sin saludar, sin decir nada, corrió a mis brazos y se colgó de mi cuello.

Creo que si alguna duda le quedaba al sargento Hale de que nuestro matrimonio era perfectamente normal, debió disiparse en aquel momento. En el momento en que sin pensar en nada más, la abarqué por la cintura y empecé a besarla, del mismo modo que calculo deben hacerlo todos los recién casados.

Después la separé, mirándola.

—¿Cómo diablos te las has com...?

Me atajó con un nuevo beso y replicó:

—Al, ¿cómo es posible que abandones a tu mujerci...?

Calló, porque la expresión de mi rostro debió cambiar en aquel instante, cuando mis ojos tropezaron con los del sargento Hale.

Entonces se separó de mí y nos miró a todos, para finalmente preguntarme:

—¿Qué ocurre, Al?

Vi el gesto que me hizo Hale para que callara, pero no hice caso.

Por tanto, respondí y lo más aprisa que pude:

—Anoche, en cuanto nosotros nos fuimos, asesinaron a Don, ricura. El sargento dice que lo hicimos entre los dos. Estoy detenido, cariño. Y si mal no recuerdo, tú también has venido a meterte en la boca del lobo.

Cora retrocedió un paso, y al punto vio cómo los dos polizontes se acercaban a la puerta. Pero Cora no intentaba escapar. Simplemente había retrocedido hasta el centro de la biblioteca, con objeto, digo yo, de mirar, de observar mejor al sargento Hale.

Pero fue mirándome a mí cuando dijo:

—Es... horrible, Al.

La respuesta fue una risotada de Hale.

—Todo lo horrible que quiera, *mistress* Murdock —dijo después—. Pero tanto usted como su marido van a acompañarme al Precinto.

Volvió a mirarnos con sus indomables ojos negros llenos de fuego.

—¿Me permite una pregunta, sargento?

—¡Hágala! Pero dese prisa. Hemos perdido ya demasiado tiempo.

—¿Cómo le mataron, sargento?

—Lo estrangularon. Con su propia corbata. Pero antes le golpearon por detrás para hacerle perder el conocimiento.

Ninguno de nosotros entendió su sonrisa ni, después, su pregunta:

—¿Es verdad eso, sargento Hale?

—Sí. ¿Por qué no había de serlo?

Entonces ella rió.



—¿De nuevo en apuros, Al?

—¿De nuevo en apuros, Al?

—Está usted mintiendo —afirmó fríamente y con el desparpajo que la caracterizaba—. Y lo sabe bien. A Don no le mataron estrangulándole. Fue de un tiro, sargento. ¿Me equivoco?

—¿Qué quiere decir?

Preguntó esto, pero por el tono de su pregunta, supe en el acto

que él sabía de antemano la respuesta.

—Lo que ya sabe usted, sargento. Al primo Don le mataron de un tiro —inició una risita que me crispó los nervios y añadió—: Yo le maté, sargento, y juro que digo la verdad, al decir que mi marido nada sabe de esto. El tenía que ir a Chicago a ver a su secretaria. Me dejó sola unos segundos, tomé la automática que llevo siempre en el bolso y le maté. Era... era uno menos en la lista, ¿comprende?

»Al nada sabía. Nada sabe aún. ¿Por qué se cree que le traje aquí? ¿Por qué cree que llegué a ser su verdadera esposa, cosa que no entraba en mis cálculos, sino para cerrarle los ojos? Para que no supiera que una menor, una chiquilla, tenía el valor suficiente para ir eliminando miembros de su familia con objeto de ir cobrando gradualmente aumentada esa herencia. No olvide, sargento, que me he criado en la miseria, y para llegar a primer maniquí he tenido que pasar por cosas que me han revuelto el estómago.

»Yo seguí a mi prima Linda desde que llegó a Chicago hasta la oficina de Al Murdock, y de allí al apartamento del mismo. Me... me fue fácil golpearla en la cabeza cuando me daba la espalda, y matarla luego con lo que primero me vino a mano. Con una de las corbatas que encontré en el armario ropero.

»Después, al día siguiente, me presenté en las oficinas de Murdock contando una historia de terror, que creyó sin ningún inconveniente. Creo que por mi palmito, ya que tengo todo lo que una mujer hermosa puede tener, y mucho más. Lo hice por lo que ya he dicho. Él es un buen detective privado. Ha resuelto muchos casos en que la policía ha fracasado y deseaba cerrarle los ojos. Sabía, estaba segura de ello, de que Murdock no perdonaría nunca a la persona que allanó su apartamento para cometer un crimen en él. Había que hacerle callar. Si me descubría, sólo con el divorcio, que yo no pensaba concederle en modo alguno podría declarar en contra mía. Eso es todo, sargento.

Calló, mirándonos. Retrocedí un paso, mirándola con horror. Como en sueños, oí la siguiente pregunta del sargento Hale:

—¿Cómo mató a Liz, *mistress* Murdock?

—Del mismo modo que a Linda. Golpeándola por detrás. La sorprendí en los brazos de mi marido. Tuvimos unas palabras, y después, cuando me quedé sola, salí del dormitorio. Liz estaba aún en el jardín. Fue demasiado fácil, sargento. Luego, esperé, alguien

salió de la casa. Supongo que no podía dormir, vio al cadáver, se asustó y regresó a ella. Continué esperando, con la completa seguridad de que esa persona, asustada, no daría la alarma en la quinta, temerosa de que le cargaran el mochuelo, como así, fue.

—¿A quién esperaba, *mistress* Murdock?

—A mi marido.

—Y disparó contra él, ¿no?

—¡Oh, sí! Pero sólo traté de herirle, cosa que conseguí.

Calló de nuevo, mientras el sargento Hale, nos miraba a los dos.

—Bien, *mistress* Murdock —dijo—, supongo que en el Precinto firmará esta declaración, ¿no?

—Sí. No quiero que a Al le pase nada.

—¿Por qué?

Me miró, y la admiré como nunca he admirado a nadie.

—Porque soy una estúpida, sargento. Me enamoré de él a los dos días de conocerle. Eso, en primer lugar. En segundo, repito lo que dije antes: Al Murdock sólo ha servido de juguete en mis manos —miró al sargento y su preciosa boca esbozó una tenue sonrisa—. Espero no ir a la cámara de gas. Los jueces tendrán en cuenta que soy menor de edad.

Tendió las manos cuando vio al sargento Hale hacer una seña. Oí el clic de las manillas al cerrarse en torno a ellas y miré al sargento:

—Conque me tendió una trampa, ¿eh, sargento?

Me miró y sonrió evidentemente satisfecho.

—Sí, pesquisa —replicó—. Le dije, que Don Gruber murió de aquella manera para hacerle saltar. Pero ahora veo que, efectivamente, usted no ha tenido nada que ver con esto. Como *mistress* Murdock ha dicho, Don murió de un tiro en la cabeza. La automática, recogida junto al cadáver, tiene las huellas digitales de su esposa. Es una «Star» calibre 6´35 mm. Un arma propia de señora, pero que a corta distancia hace el mismo efecto que una «Luger» o una «Parabellum» —miró a sus hombres mientras hacía una pausa y añadió—: Llévasla.

Salieron. El quedó conmigo, mirándome.

—Lo siento, Murdock —dijo—. No me es usted simpático, pero ¡caramba!, lo siento.

Le miré largamente y después pregunté:

—Supongo que ahora no habrá motivo alguno para que no pueda abandonar la quinta, ¿verdad?

Hizo una mueca antes de decir:

—Por ahora ninguno. Murdock. Pero será conveniente que yo sepa en todo momento dónde poder encontrarle. Por si se presentan complicaciones, ¿comprende? En el relato de *mistress* Murdock hay algunas lagunas. Habrá que rellenarlas de un modo u otro.

Sentí tentaciones de reír.

Algunas lagunas. ¡Y un cuerno! ¡Estaba llena de lagunas! Lagunas tan grandes como el lago Michigan.

Lo sabía. ¿Quién si no yo podía saberlo? Pero lo callé. El caso aún seguía siendo mío, al menos hasta que yo me pusiera en contacto con Silvia.

Mirando al ufano sargento, repliqué:

—En mi apartamento o en mis oficinas me tendrá a su disposición —dije, dando media vuelta para encaminarme hacia la puerta.

No hizo nada por detenerme. Por tanto, llegué al dormitorio, encendí un cigarrillo y me puse a pensar, tendido sobre la cama. Muy pronto me quedé dormido.

CAPÍTULO XIII

Cuando desperté era complejamente de noche. Maldije en voz baja, salté de la cama, me desvestí; acto seguido me di una ducha y bajé al comedor.

Por el camino me tropecé con el bombón de la doncella. Pregunté por los dos únicos supervivientes que quedaban en la casa.

—Cenaron ya y se fueron a sus habitaciones, mister Murdock.

Vacilé unos segundos antes de formular una pregunta, pero al fin la hice.

—¿Sabe si ha habido una llamada telefónica esta tarde, encanto?

—Si.

—¿Quién la recogió?

—Mister Whilde.

—Gracias, ricura. Y ahora, ¿quiere darme de cenar? Es decir, si no es mucha molestia.

Me sonrió, y veinte minutos después estaba cenando apresuradamente.

Luego subí al piso superior y llamé fuertemente con los nudillos en la puerta del dormitorio de Peter Whilde. Pero no conseguí hacerme oír.

Volví a llamar un par de veces más, e incluso intenté hacer girar el pomo, ya que ésta, lo contrario da la mía, tenía cerradura.

No pude conseguir abrirla. Estaba cerrada con llave por dentro. Mascullé una imprecación pensando que Peter Whilde estaría durmiendo otra de sus fenomenales borracheras.

Lentamente di media vuelta, y después de lanzar una mirada al otro lado del pasillo, donde dormía Jim Morton, bajé lentamente la escalera, yendo directamente a la cocina.

La doncella estaba allí, y me miró un tanto asombrada. La llamé

por una seña y me encaminé hacia la puerta de la calle. Allí me detuve a esperarla.

—¿Quería algo, mister Murdock? —preguntó apenas si llegó a mi lado.

—Sí, preciosa —respondí llevándome la mano al bolsillo para sacar un billete de diez dólares—. Voy a salir un rato. Espero que vuelvan a telefonar. ¿Sería tan amable que tomara el recado que den para mí? Al parecer los primos están durmiendo. Peter... creo que como siempre.

Sonrió guiñándome un ojo.

—Sí —repuso—. Esta noche ha bebido más que nunca. Luego ha discutido con mister Morton, con tanta violencia, que por un momento creí que iban a llegar a las manos.

—¿Por qué discutieron?

Me miró intensamente y replicó:

—Mister Whilde dijo que él no creía que *mistress* Cora fuera la asesina. Empezaron a unir hechos y a discutir, y mister Morton acabó por abandonar el comedor sin apenas haber probado bocado. Mister Whilde estuvo después riendo mucho rato, mientras seguía bebiendo. Finalmente se marchó también, poco antes de que usted bajara de su dormitorio.

¡Lo que puede un billete de diez dólares!

No tuve más remedio que pensar en esto, al ver lo charlatana que se había vuelto, la doncella, si se tiene en cuenta la respuesta que me dio el primer día que intenté sonsacarla sobre la extravagante familia a la cual, por desgracia, pertenecía yo también, por mi matrimonio con Cora.

Pellizqué su barbilla al despedirme, y al recomendarle de nuevo que atendiera al teléfono en mi ausencia.

A la vista del «Mercury», recordé a Cora.

¡Pobre, abnegada y querida Cora!

Esta vez no tuve necesidad de arrancar con los faros apagados. Por tanto, enfilé el camino que conducía fuera de la quinta, a bastante velocidad, y segundos más tarde enfilaba hacia el centro de Chicago.

Hacia donde vivía Silvia.

Cierto que ella podía volver a telefonar a la quinta. Pero cierto también que yo no sabía cuándo iba a hacerlo, y no podía ni debía

perder más tiempo.

Por el camino maldije más de una vez al recordar que me había dormido cuando tampoco debí hacerlo.

De nuevo frente a la casa de Silvia, abrí con el llavín la puerta de la escalera, subí en el ascensor, y llamé al timbre una y otra vez. Pero ahora no vino, a abrirme nadie.

Consulté el reloj después de encender la luz automática.

Las once de la noche.

Demasiado temprano para que Silvia se hubiera ido a dormir. ¿Habría salido?

Sólo había un modo de averiguarlo. Me corría prisa y, por tanto, no vacilé en extraer del bolsillo el pequeño manojito de llaves. De él aparté la del apartamento, la introduje en la cerradura y la hice girar suavemente. Encendí la luz del pasillo, la del *living*. Allí no había nadie, todo estaba en silencio. Todo tranquilo, menos una cosa.

El *living* había sido registrado rápida y brutalmente. Los cojines estaban desgarrados, esparciendo la lana por todos lados. El fondo del sofá también había sido revuelto.

En fin, no habían respetado ni los cuadros que otras veces estaban colgados en las paredes, y que ahora yacían destrozados por doquier.

Lentamente, mirando en torno, con la mano bajo la axila, empuñando la culata de la «Luger», avancé rectamente hacia el dormitorio de ella.

Abrí la puerta y encendí la luz.

El dormitorio estaba aún en peor estado que el *living*.

Ella también estaba allí.

Muerta. Apenas cubierta con una bata de seda. Era todo lo que tenía puesto, además de unas sandalias de verano, para andar por casa.

Desconcertado, porque aquello no lo esperaba, continúe mirando en torno y luego me acerqué a ella. La toque suavemente en la frente. Estaba fría.

—¿Qué es lo que averiguaste, Silvia? —susurré—. ¿Y cómo lo supo él?

No había contestación a mi pregunta por el momento.

Tampoco tenía nada que hacer allí. Silvia había averiguado algo.

Tal vez todo lo que yo le encargué, sin saber que iba a conducirla a la muerte. Sea lo que fuera, el asesino se lo había llevado.

¿Qué hacer? ¿Telefonar al sargento Hale?

Solté un gruñido, levanté el auricular valiéndome del pañuelo y disqué el número de la quinta de los Carruters.

¡Buena chica a pesar de los diez dólares!

Lo pensé, porque casi en el acto Verónica Johnson, la doncella, me contestó desde el otro lado del hilo.

—¿Diga...?

—Soy yo, preciosa —contesté, dando muestras de una serenidad que no tenía en aquel momento—, Murdock. ¿Han vuelto a telefonar?

—No, mister Murdock, y yo no me he movido de aquí desde que usted se marchó.

—De acuerdo, encanto. ¿Quiere decirme a qué hora telefonaron esta tarde?

—No recuerdo bien, pero fue al anoecer. Mister Whilde y mister Morton podrán decírselo. ¿Ocurre algo?

—No, ricura —me apresuré a tranquilizarla—. Y ya puede irse a la cama. A estas horas, no espero que me telefonen de nuevo.

Dio las buenas noches y colgó.

De nuevo miré el cadáver de Silvia. Me hubiera gustado cubrirlo, pero no podía hacerlo. Por otra parte, me dolía dejarla allí tal y como estaba.

Suspiré.

Los dos primitos habían estado juntos cuando Silvia llamó. Estoy seguro que diría algo que la comprometió, o tal vez el asesino intuyó más de lo que ella dijo por teléfono.

—¡Cerdo!

Decidido ahora, tomé de nuevo el teléfono y disqué el número del Precinto donde habían llevado a Cora.

Con el puño en la boca di cuenta de lo ocurrido y colgué antes de que empezaran a hacer preguntas.

Con una postrer mirada al cadáver de Silvia, apagué las luces, a tientas busqué la ventana que daba acceso a la salida para caso de incendio, no deseando tropezarme con nadie en la escalera, ya que allí era bien conocido por cierto, y descendí por ella hasta la calle.

Arranqué rápidamente, pensando. ¿Volver a la quinta?

Desde luego, tenía que hacerlo.

Silvia.

¡Pobre Silvia!

Fue al recordarla de nuevo cuando tuve una idea.

Puede que fuera, como digo, al recordarla. Pero también pudo ser otro motivo para mí inexplicable.

Enfilé el «Mercury» hacia Madison.

Lo primero que noté nada más entrar fue que el buzón a mi nombre, donde acostumbraba a recibir el correo, había sido forzado.

¿Cuándo? ¿Antes o después de que asesinaran a Silvia?

Si fue después, la cosa estaba clara para mí. Lo que buscaba el asesino no lo había encontrado en el apartamento de ella.

Si había sido antes, la cosa cambiaba.

Utilicé el ascensor para ir más de prisa. Abrí la puerta de mi apartamento, con el pensamiento puesto en Silvia. Silvia que habría podido dejar algún recado en él para mí.

Entré tanteando el marco en busca del interruptor de la luz. Pero no llegué a encenderla.

Algo cayó contra mi cabeza y de nuevo perdí el conocimiento.

¡Y eso que me tenía por uno de los hombres listos y que todo lo saben!

La primera sensación que experimenté al recobrar el conocimiento fue que me dolía la garganta de manera horrible.

Apenas si podía tragar la saliva. La cabeza me dolía también. Abrí los ojos y, asombrado, miré en torno. Una cama de metal, un cuadro en la pared de enfrente, una blanca mesita de noche, y una hermosa pero seria enfermera, que me miraba con el entrecejo fruncido y los ojos entornados.

Antes que pudiera decir nada preguntó en tono a mí entender excesivamente seco:

—¿Cómo se encuentra, mister Murdock?

Comprendí que aquella beldad pelirroja con piernas de maravilla sabía quién era yo, por la documentación que debieron encontrar en mis bolsillos.

Inicié una de mis mejores sonrisas, que no hizo mella alguna en ella y repliqué:

—Bastante bien, encanto. Y si se queda aquí conmigo, estaré aún

mejor.

Se puso en pie, vino hacia mí y me tomó el pulso.

—Quédese quietecito —dijo—. Voy a dar aviso. Hace horas que tiene visita. Ahora podrán verle.

¿Visita? ¿Quién? ¿Cora acaso? ¿Es que la habían soltado?

Aquello me pareció absurdo, pero no tuve tiempo de formular pregunta alguna, ya que la enfermera abandonó la habitación dejándome poco menos que con la palabra en la boca.

CAPÍTULO XIV

La visita a la que aludía la enfermera era nada menos que el sargento Hale.

Apareció en la puerta apenas si ella se hubo marchado, acompañado de dos policías, que quedaron a ambos lados de la puerta. Me asombró tamaña disposición, pero no dije nada.

Le contemplé atentamente mientras avanzaba hacia la cama, y confieso que no me gustó nada su expresión.

—Hola, sargento —saludó no obstante—. ¿Qué vientos le traen por aquí?

Sin responder, se sentó en la silla, lió calmamente un cigarrillo, lo encendió y, después de dirigirme una larga mirada, contestó:

—Usted, Murdock. Y confiese que ahora no podrá negar la evidencia.

Hice intención de incorporarme violentamente sobre la cama pero la aguda punzada en la cabeza lo impidió.

—¿Qué trata de insinuar, sargento?

Rió quedamente y en su risa adiviné que estaba enormemente satisfecho.

—Me estoy preguntando si es usted un loco o un cínico, Murdock. Tal vez sea las dos cosas —calló mirándome de hito en hito y después esperó—: Queda usted detenido en nombre de la Ley, por el asesinato de Silvia Patterson, ocurrido ayer noche, en el apartamiento de la misma.

Fingí un sobresalto que estaba muy lejos de sentir.

—¿Qué diablos está diciendo, sargento? ¿Que Silvia...? ¡No puedo creerlo!

—Nada me importa lo que usted crea o deje de creer, Murdock.

Ayer se recibió una llamada telefónica para usted en la quinta de los Carruters. Procedía del apartamento de Silvia Patterson y le rogaba a usted que fuera a verla rápidamente, pues se trataba de un asunto importante. Peter Whilde tomó el recado y no se lo dio porque se acostó completamente borracho. La doncella confirma esto, y las órdenes que usted la dio. Después, su llamada a la quinta desde Chicago. Hemos comprobado también esa llamada y procedía del apartamento de su amante, Murdock.

Le miré atentamente. Sólo podía decir una cosa y la dije:

—Estaba muerta cuando llegué, sargento.

Y procedí a relatarle todo cuanto me acaeciera a partir de aquel momento hasta que me desvanecieron en mi oficina, pero callando los verdaderos motivos que había tenido para visitar a Silvia:

—¿Eso es todo, Murdock? —preguntó luego que hube terminado.

—¿Le parece poco, sargento?

—Si. Bastante poco —me miró de través, lanzó al aire una azulada columna de humo y soltó la pregunta como un trallazo—: ¿Qué me dice de las marcas que tiene en el cuello?

—¿Marcas en el cuello?

Al punto recordé que me dolía la garganta, y que me expresaba con alguna dificultad.

—No entiendo —añadí.

—No, ¿eh? —Se puso en pie hecho una furia. Me señaló acusadoramente con un dedo y espetó—: ¡Imbécil! Se creyó muy listo, ¿verdad? ¿Creyó podemos engañar? Pues bien, ¡no lo consiguió! ¡Le diré lo que hizo, Murdock! Silvia Patterson era su amante y su secretaria. La chica debía saber lo que se llevaba entre manos con Cora Carruters, pero no transigía con ese matrimonio. Le llamó por teléfono y le amenazó con descubrirle a la policía. Usted la mató, y luego vino aquí, a su oficina, se golpeó la cabeza hasta hacerse sangre, y luego fingió que se estrangulaba.

Sé que abrí los ojos con asombro.

—¿Que yo intenté estrangular...?

—No intente escurrir el bulto que esta vez no le valdrá, pesquisa. La declaración de nuestro médico forense es terminante en ese punto. Todavía tiene las marcas de los dedos en el cuello. Y al revés de como tenían que estar si hubiera sido atacado de frente

por una persona que deseara estrangularle. Le falló el truco, pesquisa. Se necesita ser un animal para hacer una cosa así. Yo no me atrevería —siguió mirándome por espacio de unos cuantos segundos y luego añadió—. Creyó que con eso, con ese fingido ataque, evitaría las sospechas, ¿verdad? Cierto que me engañó, y aún lo estaría a no ser por la declaración del forense. Por tanto, voy a llevármelo detenido tan pronto como le den de alta, Murdock. Espero que su esposa le haga compañía en la cámara de gas:

No contesté. No podía decir nada. No podía explicarle ni decirle quién era el verdadero asesino. Hale ya tenía su hombre e intentar disuadirle, sin pruebas, era trabajo perdido.

Sólo había un camino que seguir: Escapar de allí como fuera. Pero ¿cómo?

Escapar hacia la quinta, y tener una charla «amistosa» con uno de los primitos.

Mascullé una imprecación entre dientes.

—¿No tiene nada que decir, fisgón?

—¡Que se largue al cuerno, sargento!

Tal vez fue a decir algo, pero la repentina entrada de la enfermera le interrumpió.

—El doctor dice que ahora debe dejarle descansar, sargento.

Hale se volvió hacia sus hombres.

—Tú, Mac Carr, quédate en el pasillo. Me respondes de él con el pellejo —encaró a la enfermera y advirtió—: Tenga cuidado con ese hombre, encanto. Es un peligroso asesino.

Salieron, y me quedé a solas con la enfermera. Pero sabía que detrás de la puerta, armado con una automática de reglamento, estaba un representante de la Ley, que me levantaría los sesos de un balazo si intentaba hacer algo.

Y no obstante, tenía que hacerlo.

Miré a la enfermera.

—Sé que no me creerá, ricura —dije—. Pero yo no la maté.

No me contestó.

Los minutos, tal vez las horas pasaron con una lentitud desesperante para mí. La enfermera seguía allí, al parecer interesada con una revista, pero la adivinaba alerta, dispuesta a gritar al menor movimiento sospechoso mío, o tal vez a pegarme un tiro si estaba armada como sospechaba.

Pasó otro espacio largo de tiempo. ¿Es que no se iba a ir nunca?

Repentinamente se levantó y ahogué un suspiro de alivio cuando vi cómo se encaminaba a la puerta. Apenas lo hubo hecho salté de la cama y examiné el armario ropero.

Mi ropa estaba allí.

Justamente volvía a la cama, cuando en el umbral de la puerta se recortó la figura del policía Mac Carr. Me lanzó una ojeada y simulé dormir.

Un rato después entró la enfermera y se acercó a la cama. Mac Carr no se apartó de la puerta mientras comía, luego de que ella me hubo «despertado».

Entre bocado y bocado, no tuve más remedio que preguntarme, una y otra vez, si Mac Carr tendría órdenes de permanecer dentro de la habitación durante toda la noche.

Entre bocado y bocado, las estaba pasando moradas, ya que aunque los alimentos no eran consistentes, mi garganta se negaba a admitirlos. Pero, al fin, sudando por todos los poros, logré pasarlos.

Después me dejé caer de espaldas y cerré los ojos.

Por la abierta ventana, la claridad del día iba desapareciendo rápidamente.

El resto de la tarde, hasta la hora de la cena transcurrió en completa calma mientras que yo elaboraba un rápido plan de fuga que pondría en práctica tan pronto como todo quedara en silencio, contando, claro es, con que aquel maldito policía no se quedara dentro de la habitación.

Luego de la cena cambiaron de enfermera. Joven, hermosa y de pelo castaño.

Un verdadero bombón. De antemano sentí lo que iba a hacer con ella.

Aún esperé, fingiendo dormir por espacio de más de una hora. Luego empecé a respirar entrecortadamente. Cada vez más entrecortadamente.

Al pronto, en los primeros momentos, no ocurrió nada. Pero después, la hermosa enfermera se levantó. La vi venir por los entrecerrados párpados y me preparé. Si aquello fallaba, ya me podía despedir de la libertad, y tal vez de la vida.

La pobre y confiada muchacha se acercó inclinándose sobre mí. Fue éste el momento que aproveché para tapar su boca con una de

mis manos, mientras con la otra golpeaba su mandíbula con toda mi fuerza.

No hizo el más leve ruido ni pudo proferir el más ligero grito. Cayó desmadejada entre mis brazos. Salté de la cama, la deposité en ella, cubriéndola un tanto, y abrí el ropero. Encima del pantalón del pijama me puse el del traje y luego la chaqueta.

Después de colocarme la americana avancé hasta la ventana. Subí el cristal y miré hacia abajo. Un par de metros o dos metros y medio de altura, y luego un arriate con flores.

Tenía que exponerme a romperme una pierna.

Sin vacilar subí al alféizar y salté. Rodé por el macizo de flores y durante unos segundos me pareció que el mundo estallaba dentro de mi cabeza. Tanto es así que de nuevo temí perder el sentido.

Tambaleándome como si estuviera ebrio, con la espalda pegada a la pared, avancé en torno al enorme edificio, buscando el garaje.

Tuve suerte. No encontré el garaje, pero sí un automóvil «Cadillac» aparcado a pocas yardas de la puerta principal de aquel hospital o clínica.

No lo pensé dos veces. Salté dentro, ya que era un descapotable y tenía la capota levantada, y busqué las llaves de contacto. No las tenía puestas.

Miré en los bolsillos de las portezuelas, y las encontré.

Con ellas en la mano, pensé acertadamente que el dueño del «Cadillac» debía tener un doble juego de ellas.

Di el contacto y arranqué. Atravesaba la verja de hierro, recto a las luces parpadeantes del cercano Chicago, cuando detrás de mí oí los furiosos silbatos de la policía.

Casi en el acto empezaron a disparar contra el automóvil. Mentalmente rogué por que ninguna de las balas atravesara los neumáticos, y no fue así, aunque algunas de ellas se empotraron en la carrocería.

Ya en la carretera pisé a fondo, calculando que además de Mac Carr habría otros policías allí, y, por tanto, tendrían automóvil. La persecución no tardaría en iniciarse, si no había empezado ya.

En la misma entrada de Chicago detuve el «Cadillac», lo aparqué junto al bordillo de la acera y busqué una boca de «metro».

Cinco minutos después me encontraba viajando bajo tierra, a toda velocidad.

Lo abandoné en Madison y salí a la superficie mirando a todos lados.

No vi ningún policía, pero no por eso dejé mis precauciones, que fui redoblando a medida que me iba acercando al número 607, donde tenía mi agencia.

Subí en el ascensor, y ahora sí que adopté precauciones cuando abrí la puerta. Pero esta vez, nadie me golpeó en la cabeza.

Aquel cerdo había tenido suficientemente con una para empapelarme bien. Era la única cosa que le quedaba por hacer, y la había hecho, con tal rapidez que me dejó asombrado.

Con tal rapidez que me tomó completamente por sorpresa. Y había conseguido lo que se propuso; echar detrás de mí a toda la policía de Chicago.

Sí, un asunto sumamente complicado, y, sin embargo, ¡tan sencillo como era en el fondo!

Sabiendo o, creyendo al menos, que la policía no se presentaría por allí en el momento, encendí la luz. Todo estaba revuelto, como si un ciclón hubiera pasado por el despacho que perteneciera en vida a Silvia, y el que me pertenecía a mí.

No obstante registré yo también haciéndolo rápidamente. Una de las cosas que no pasé por alto, y que el asesino había pasado, seguramente, porque no conocía la existencia de ellos, fue el doble fondo de los dos cajones centrales de mi mesa-despacho.

Nada.

No había nada.

Silvia no había dejado ni un solo papel escondido para mí. Al menos en aquel sitio, si es que su asesino no se los había llevado consigo.

¿Tal vez en mi apartamento?

Me sentía terriblemente cansado, pero no por eso me entretuve mucho más. Abandoné la agencia y tomé un taxi hasta las inmediaciones de mi apartamento.

Después caminé un buen trecho antes de llegar a él, mirando a todos lados, a todo transeúnte, ya que en cada uno de ellos veía o creía ver un policía.

Al fin alcancé mi casa sin novedad alguna, y respiré satisfecho al darme cuenta de que mi apartamento no había sido registrado.

Por lo visto, mi querido primo, por la parte de mi mujer, claro,

no había querido tomarse ese trabajo, o tal vez no tuvo tiempo de averiguar mis señas por la guía telefónica, o tal vez, como ya tenía lo que buscaba, y a mí en manos de la policía, no lo creyó necesario.

Lo registré yo. Nada.

¡Siempre nada! ¿Para qué buscar más?

Cada vez estaba más cansado. Me desvestí y me di una ducha.

Cambiaba de traje, cuando hasta mis oídos llegó el ulular de las sirenas de la policía.

Podían ir a otro sitio, pero también podían venir en busca mía, sino con la seguridad de encontrarme en mi apartamento, sí con ánimo de vigilarlo estrechamente.

Apresuradamente extraje del armario una «*Parabellum*», recuerdo de la pasada guerra, y me la guardé en el bolsillo trasero del pantalón.

Las sirenas sonaban cada vez más cerca. Por tanto, decidí irme por la escalera de salvamento en caso de incendio.

CAPÍTULO XV

Tomé un taxi en la esquina inmediata, mientras más arriba, la policía detenía los automóviles en torno al edificio donde yo tenía mi apartamento.

Sonreí ladinamente y di la dirección de la quinta. Ahora ya no me importaba, ni que me siguieran ni que el taxista recordara mi rostro después ni el lugar donde había tomado un pasajero.

El fantasma de la cámara de gas se levantaba en torno mío y en el de mi esposa. Ninguno de los dos habíamos hecho nada. Éramos víctimas de un loco maniático, y ambicioso por añadidura.

Un loco con el cual iba a tener una entrevista a no tardar.

Le haría confesar. Si no podía, la «*Parabellum*» se encargaría de decir la última palabra. Según la Ley, sólo me iban a ajusticiar por uno. Por tanto, según dicha señora, pagaría igual quitando del mundo de los vivos a un tipo tan retorcido como aquél.

Ordené al taxista que detuviera el automóvil apenas avisté la quinta. Pagué luego de apearme, y mientras él maniobraba para dirigirse de nuevo a Chicago, empecé a caminar por la carretera en dirección a la misma.

A medida que me iba acercando se me antojaba más siniestra, más amenazadora.

Pensé también en el asesino. Un hombre que había matado varias veces por ambición, y que ahora estaba cogido en sus propias redes, ya que había fracasado rotundamente.

El vestíbulo estaba vacío cuando entré, pero iluminado. Pasé al comedor. Había la misma iluminación de siempre, pero no se veía a nadie. Consulté mi reloj. Lo único que me había dejado la policía.

La doncella estaría en la cocina. Me encaminé directamente allí.

Se encontraba vuelta de espaldas a la puerta, por lo que chisté

despacio.

Se volvió con una expresión de susto en su semblante, y al punto éste cambió por otro de indecible terror.

Luego de llevarse las manos al pecho abrió la boca, y comprendí lo que iba a hacer.

Rápido me lancé sobre ella y conseguí tapar su boca.

—No grite, por favor —dije—. Yo... no voy a hacerle daño alguno. Sé que me está buscando la policía, pero no cometí crimen alguno. Créame, por favor.

La tenía apretada, estrujada materialmente contra mi pecho impidiendo incluso que pudiera respirar.

Noté que temblaba, que estaba a punto de desmayarse. Entonces la solté, y acto seguido la golpeé en las mejillas un par de veces. No muy fuerte, pero sí lo suficiente para hacerla reaccionar.

Me miró abriendo mucho los ojos, y retrocedió hasta la pared opuesta de la cocina.

No hice nada por seguirla, aunque sí me apercibí por si quería o intentaba gritar.

—¿Dónde están los amos de la casa, ricura? —pregunté en tono quedo.

Agrandó aún más los ojos, mirándome como una sonámbula.

Por unos segundos estuve tentado de ir hacia ella y abofetearla.

—Vamos, contesta, cariño —dije, tuteándola súbitamente—. Necesito saberlo ahora mismo. Están arriba, ¿verdad?

—¿Va... a matarles? —Logró articular al fin.

—¡Diablos, no! —Pero no estaba muy seguro de ello—. Ya te he dicho que yo no he matado a nadie. La policía sufre un error y quiero demostrarlo. Si fuera un asesino, hubiera podido matarte a ti, cuando estabas de espaldas y sin que te hubieras enterado. Responde, ¿dónde están?

El terror no se apartaba ni de sus ojos ni de su expresión.

Contestó al fin, de una manera casi incoherente:

—No..., no lo sé. No les he visto... Yo... ¡Usted les mató a todos! La radio ha dicho lo ocurrido en el hospital. Ha dicho la forma que tuvo de escaparse, después de golpear a una pobre enfermera. ¡Us... usted ha...!

Por un momento temí que iba a lanzar un chillido, pero no fue así.

—Mira, dulzura —dije, tratando de convencerla—, me vas a ayudar, ¿sabes? Te vas a instalar junto al teléfono. Dentro de un cuarto de hora, lo más tardar, te pones en contacto con la policía, y les dices que estoy aquí. Lo demás corre de mi cuenta.

Vaciló durante unos largos minutos Poco a poco vi cómo su semblante iba perdiendo su gesto aterrorizado, aunque no dejaba de temblar.

—No..., ¿no me engaña?

Intenté una sonrisa que no me salió del todo mal.

—No, ricura —dije—. El asesino está aquí, ahora, en estos mismos momentos. Tengo las pruebas, y voy a entregarle a la Justicia. Es mi palabra la que te doy, si te fías de ella...

Volvió a mirarme, y al fin, tambaleándose un poco, fue hacia la puerta de la cocina.

—Están arriba —dijo.

Y salió. Pero estoy seguro de que oyó mi respuesta.

—No lo olvides, Verónica, dentro de un cuarto de hora.

Dejé transcurrir unos cuantos minutos más, y abandoné la cocina luego de apagar la luz. Atravesé el vestíbulo, sin dejar de mirar a lo alto de la escalera.

Silenciosamente empecé a subir, con el pleno convencimiento de que me estaban esperando. Y, no obstante, no llevé la mano al bolsillo trasero del pantalón, donde descansaba la «*Parabellum*».

CAPÍTULO XVI

Sin vacilar me encaminé al dormitorio de Peter Whilde. La puerta se hallaba abierta y la empujé.

Whilde estaba dentro. Sentado junto a una pequeña mesita, con una baraja de póker en la mano, haciendo solitarios, una botella de *whisky* medio vacía, otra casi llena, y un vaso menos de mediado.

Levantó la cabeza y miró la puerta. Por unos segundos vi brillar sus ojos cuando me vio, pero luego siguió con el solitario sin preocuparse de nada.

¡Dios! ¡Aquel hombre no tenía conciencia de nada, como no fuera beber, beber siempre!

Lentamente cerré la puerta y me encaminé a la habitación de Jimmy Morton el hombre que no obtenía el menor beneficio con la muerte de sus parientes, salvo en una cosa.

Llegué a la puerta, ahora con la mano sujetando la culata de la automática. Pero también esta vez, Morton fue lo suficientemente listo, ya que al empujar la puerta de su dormitorio, oí su voz detrás de mí:

—Pase adentro, mister Murdock. Le estoy esperando, y, por favor, no se mueva. Llevo un arma en la mano.

Acabé de empujar la puerta y atravesé el umbral sin moverme, sabiendo que no mentía al afirmar que me estaba apuntando con un arma.

Detrás de mí oí cómo cerraba la puerta.

—Puede volverse, mister Murdock —dijo secamente—. Pero con cuidado.

Lo hice y me enfrenté con él. Estaba armado. Con una pistola ametralladora. Seguramente la que empleó contra mí cuando salía del Juzgado en compañía de Cora. ¡Mi querida Cora! Seguro que no

lo estaba pasando muy bien en la cárcel.

Sin esperar su invitación me senté en el sillón más cercano.

—Y bien, Morton. ¿Piensa matarme también? —pregunté.

No me sorprendió en modo alguno su respuesta.

—Desde luego.

—¿Qué piensa decirle después a la policía?

Rió quedamente.

—¿Qué les diría usted en mi lugar, Murdock? No hace falta ser muy listo para saberlo, ¿verdad? Usted escapó del hospital y vino aquí pretendiendo matarme. Se creerán el cuento.

—Sí. Supongo que sí. Lo tiene todo pensado, ¿verdad? Ahora, lo que no me explico es lo que gana con mi muerte.

—Nada. Murdock. Pero es necesaria, porque usted sabe mucho. Lo sabe todo. Además hay otra cosa, Una cuestión personal, ¿comprende?

Me miró y vino a sentarse frente a mí, sin dejar de apuntarme, pero de espaldas a la puerta.

—Le comprendo, Morton. Usted siguió a Linda desde el aeropuerto hasta mi oficina, y de allí hasta mi apartamento donde la liquidó. Viajaron juntos, aunque no sé aún desde dónde, hasta el mismo Chicago, ¿verdad? —Y antes de que contestara a mi pregunta añadí—: Luego buscó a su prima Cora. Supongo que alguna de sus amistades, maniqué también, le dijo que ella iba a verme, sospechando que entre la familia de ustedes estaba el asesino de su prima Linda. La siguió, viendo que era cierto. Entonces alquiló a tres tipos para que me dieran un susto. En vista de que nada conseguía, intentó liquidarme, cuando, después de seguirnos, vio donde nos habíamos metido. Para usted no tuvo nada más que una explicación. Obedeciendo a un plan concebido de antemano, nos habíamos casado. Esto no le convenía en modo alguno, ya que el asesino de Linda no serviría para nada. Porque usted buscaba esto, Morton. Engrosar la fortuna de Cora. Había, tenido relaciones amorosas con ella, y pensaba en reconquistarla. De ese modo, toda la herencia pasaría a sus manos. Pero fracasó con nuestro matrimonio. Desde entonces, su único plan era eliminarme a mí. Mató a Liz, porque ella se negó a casarse con usted. Sabía que no podría convencerla jamás, y la eliminó, siempre pensando en Cora y en mi muerte.

»Y ahí fue donde cometió el mayor error de todos, Morton. En usar una pistola. Sospecho que mientras estábamos fuera de nuestra habitación entró en ella, la vio y creyendo que era mía la sustrajo, ya que usted no sabía que el arma perteneciera a Cora. Ésta es menor de edad, y, por tanto, no podía obtener licencia de armas. Estoy seguro de que la envolvió en un pañuelo, para no borrar las huellas que pudiera tener, todas mías, según su propio criterio y aprovechando que nos marchábamos a Chicago líquido a Gruber.

»Cora le estropeo la combinación mintiendo al sargento Hale. Echándose lo que los españoles llaman un “farol”, que le salió bien, porque al darse cuenta de la desaparición de su arma, pensó acertadamente que el asesino, usted en este caso, la había usado para tal fin.

»Si le hubiera estrangulado como a los otros, Morton a estas horas es muy posible que yo estuviera en la cárcel, y usted haciéndole la rosca a ella. Pero cometió una equivocación, y ahora todo lo que ha hecho no le ha servido para nada.

»Usted va a matarme, según dice. No dudo que lo haga, como tampoco dudo que las cosas le salgan bien con la policía, Morton, pero me iré satisfecho al infierno, sabiendo que de la herencia no cobrará nada más que la parte que el viejo Carruters le legó. Si lo siento por algo es por Cora, ya que ella está metida en este enredo hasta la misma coronilla, y haga lo que haga no saldrá de él, a no ser que usted se entregue y confiese, cosa que no hará, ya que estima bastante su pellejo. ¿No es así, mister Morton, cómo ocurrió todo?

Incluso parecía divertido mientras escuchaba mis palabras. Ahora permaneció en silencio, mirándome atentamente.

Luego repuso, con un dejo de orgullo en la voz:

—Sí, Murdock. Así fue. Lástima que el saber eso no le sirva para nada. Porque ¿sabe lo que voy a hacer? Matarle ahora, y luego liquidar a mi primo con el arma de usted. Después, compondré la escena de tal manera, que la Brigada de Homicidios creará que usted mató a mi primo Peter, y yo, en defensa propia, le maté a usted. Me creerán. Usted es buscado por la policía, Murdock.

Se puso en pie.

—¡Levántese! —dijo.

Obedecí, sabiendo que había llegado el momento. Mis

pensamientos volaron hacia Cora, y en lo estúpido que había sido al no haber adoptado precauciones cuando entré en aquella maldita casa.

Jim Morton me había cazado como a un novato.

Sin saber por qué deseé ganar tiempo.

—Aún queda otra cosa —dije—. ¿Por qué mató a Silvia Patterson?

Rió de nuevo, y en mi vida he oído una risa más desagradable que aquélla.

—Creí que lo sabía, Murdock —replicó—. Su secretarla llamó cuando usted estaba durmiendo. Peter tomó primero el recado, pero estaba demasiado borracho para entenderlo bien y me cedió el auricular. Fingí su voz, cosa en extremo fácil por teléfono, y ella me dijo que tenía lo que usted buscaba, que había averiguado todos mis pasos. Le dije que me esperara, que iría a por ellos en seguida.

»Y fui, Murdock. Por eso la maté —miró hacia uno de los muebles de la estancia y dijo—: Ahí están en el cajón. Confieso que su secretarla era una persona muy lista. Efectivamente, ella averiguó que yo venía de Las Vegas en el mismo avión que Linda, y que había sido visto por el portero donde usted tiene su agencia, cuando rondaba por allí, en espera, de que saliera de su despacho. Como ve. Murdock todo demasiado fácil.

Sí, lo era. Lo fue siempre, pero yo no podía hacer nada. La pistola ametralladora me estaba apuntando al estómago. Bastaría una ligera presión de aquel dedo, para que acabara conmigo en un santiamén.

Miré en torno con desesperación, y al punto oí la risa sarcástica de Morton.

—¿Tiene miedo a morir, Murdock? ¡Nunca lo hubiera creído! ¿Por qué se casó con mi prima? Si no lo hubiera hecho, ahora no moriría.

Un cuarto de hora. Verónica habría llamado ya a la policía. Pero ésta tardaría en llegar. Sólo encontraría mi cadáver, y una bonita y bien urdida historia.

Me dispuse a saltar, aun sabiendo que nada conseguiría pero me reventaba morir quieto, como un conejo, como un estúpido.

Fue en aquel momento cuando se abrió la puerta a espaldas de Morton.

—Yo de ti dejaría quieta esa arma, querido primo. Será...

Me lancé contra la cama creyendo que los primeros disparos de aquella pistola serían contra mí, pero me equivoqué.

Morton, con una soez maldición, se volvió contra su primo mientras apretaba el gatillo. El primer chorro de balas no le alcanzó, y Whilde tuvo tiempo de disparar.

Pero una sola vez. Luego cayó al suelo con más de cinco balas en el pecho, según supe mucho después.

Casi en el acto, y sin dejar de disparar como un loco, Morton se volvió buscándome. Lo hizo acertadamente.

Los cuatro primeros proyectiles zumbaron sobre mi cabeza, y el quinto me golpeó en el hombro izquierdo lanzándome hacia atrás. Jadeando, mientras rectificaba la puntería, con un brillo de locura en sus pupilas, disparó una sola vez.

Una vez más, aunque no era en la guerra precisamente, la magnífica *«Parabellum»* cumplió su cometido.

Con tan buen fin que sentí náuseas cuando, de pronto, frente a mí, vi convertirse en pulpa el rostro de Morton.

Después intenté incorporarme mientras él caía, justo a tiempo de ver abrirse la puerta violentamente.

El sargento Hale entró como un huracán llevando por delante la automática. En unos segundos la habitación se llenó de policías, y con ellos, Cora.

¡Mi esposa, que corrió a mis brazos!

Tuve tiempo de besarla, pero no de formular siquiera la más ligera pregunta. Me desmayé en aquel mismo momento.

Hoy, después de todo aquello, me pregunto si no sería por causa del beso que me dio y no por la herida.

La segunda sorpresa la recibí tres días más tarde, y apenas si abrí los ojos.

Una cama de metal, un cuadro en la pared opuesta, una blanca mesita de noche, y el bombón aquel vestido de enfermera.

La misma habitación donde ya estuve una vez, y la misma enfermera a la que golpeé. Por lo visto, o era de noche, cosa que no podía ser, ya que el sol de media tarde entraba por la ventana, o ella había cambiado el turno.

Apenas se dio cuenta de que la miraba, se puso en pie y avanzó hacia mí con una sonrisa que me desconcertó por completo.

—¿Cómo se encuentra, mister Murdock?

Había naturalidad en su voz, lo que me desconcertó aún más.

—¡Diablos, dulzura...! —No sabía cómo seguir, y tartamudeé unas cuantas palabras sin sentido hasta que logré articular con claridad—: Le debo una explicación, ricura. Yo... Bueno, la verdad es que no tuve más remedio que golpearla. Me perdonará, ¿verdad?

Sonrió de manera inefable.

—Nada tengo que perdonarle, mister Murdock. Ya estaba advertida y me presté gustosa a la comedia.

—¿La comedia...?

Di un respingo más que regular, lo que motivó una punzada en la parte alta del pecho que me dejó pálido y jadeante en la cama.

Me socorrió solicita mientras decía:

—No le conviene excitarse, mister Murdock. Ahí fuera está el sargento Hale, que se lo explicará todo.

—¡Al cuerno con él!

—¡Mister Murdock!

—Perdone —mascullé entre dientes—. Pero si es cierto lo que adivino...

No me dejó terminar. Fue hacia la puerta, y casi en el acto entró el sargento en compañía de Cora, la cual me besó hasta que me hizo perder el resuello.

Cuando se separó de mí, el sargento Hale se había sentado y nos miraba con gesto socarrón. El semblante de Cora se coloreó un poco, bajo los ojos al suelo y, finalmente, se sentó en la cama.

El sargento y yo nos miramos en silencio unos minutos. Al fin, sin poder callar por más tiempo, viendo como sus ojos brillaban un tanto burlones, pregunté:

—¿Qué diablos ha querido decir la enfermera, sargento?

—Nada más que la verdad, «mister Listo». —Calló unos segundos mientras le miraba de forma asesina y luego añadió—: Desde el principio sospeché de usted, Murdock. No le miento en eso. Pero luego sucedió la muerte de Liz, y aunque sospechaba, y le hubiera detenido, fingí creer del todo la historia de su esposa. Una historia que, como dije, tenía muchas lagunas.

»En fin, Murdock, no entraré en muchos detalles. Simplemente le diré que aunque con mucho trabajo, conseguí convencer a su esposa para que me lo contara todo. A partir de entonces, le seguí la

pista de cerca, convencido ya de que usted no era el asesino. Después de la muerte de su secretaria, comprendí que estaba en lo cierto, y decidí seguirle el juego al asesino. Por eso tuvo tiempo de saltar por la ventana luego de golpear a la enfermera. Por eso encontró el “Cadillac” dispuesto en la entrada del hospital, con las llaves en el bolsillo de la portezuela izquierda.

»Pero actuó demasiado aprisa. Creímos que usted continuaría con el automóvil y lo dejó a la entrada de Chicago. Sospecho que utilizó el “metro”, ¿verdad? Eso nos despistó un poco. Un despiste que por poco no le cuesta la vida, Murdock. Ahora, espero que lo tomé como lección, y que en un nuevo caso, trabaje en combinación con nosotros.

Calló, mirándome.

—Como un conejo de Indias, ¿no?

—Exactamente. Como un conejo de Indias —afirmó.

—¡Mal rayo le parta, sargento! ¿Por qué no habló claro?

—Porque usted no lo hizo tampoco con nosotros. Si no hubiera sido por *mistress* Murdock, usted estaría encerrado, esperando el juicio y, después la cámara de gas. Espero que sepa comprenderlo.

Se puso en pie y me tendió la mano.

Se la estreché sin rencor, saludó a Cora, y, finalmente, desapareció de nuestra vista.

Cora y yo hablamos muy poco aquella tarde, y en los días sucesivos, apenas si la vi en el hospital. Pero cuando me dieron de alta, ella estaba allí, en la puerta, esperando frente al volante del «Mercury» color crema.

Subí a él, y cuando esperaba que me conduciría a su apartamento, lo hizo directamente al mío.

Nada más entrar comprendí por qué. Cora lo había arreglado con detalles que proclamaban a mil millas de distancia que ella se quedaba allí para siempre.

Sus ropas, sus cosas de uso particular, estaban distribuidas en los sitios pertinentes.

Sin decir palabra estuve observándolo todo, y después me volví para mirarla. No tuve tiempo de preguntar nada, ya que fue ella quien lo hizo.

—Si tú quieres, Al...

—Ahora eres una mujer muy rica, Cora —dije por toda respuesta

—. Podrás pensar que...

—No sigas por ese camino, querido —me atajó—. Yo sólo me he quedado con la parte que tío John me legó. Nada más. El resto de la herencia ha ido a parar a fines benéficos. La quinta también he dispuesto que se venda, y los dólares que se obtengan de ella, serán para el mismo fin. Otra cosa, me quemaría las manos. Soy una estúpida sentimental, ¿verdad, Al?

Nos miramos de frente.

—Creo que yo también lo soy, dulzura —repuse—. He cometido la estupidez de enamorarme de ti como un loco.

Vino a mis brazos con un gritito de alegría.

Y aquí prefiero poner punto final.

FIN